6745

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS

María de Brial

COMEDIA

LAS PALMAS
IMP. Y LIT. DE MARTÍNEZ Y FRANCHY
calle de Viera y Clavijo núm. 13
1905

MARÍA DE BRIAL

OBRAS

DE

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS

De la Tierra Canaria.—Escenas y paisajes.

Pepe Santana.—Novela.

Santiago Bordón.—Novela.

La Deuda del Comandante.—Novela dialogada.

Los Inertes.—Novela.

Nuestra Señora.—Novela.

Monsieur Charles.—Novela (publicada en *El Museo Canario).*

Teatrillo.—Escenas dramáticas.

La herencia de Araus.—Drama.

Traducidas al francés por Mr. Saint-Saëns

Christophe Molinos (Cristobalito Molinos).

Noël (El nacimiento).

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS

María de Brial

COMEDIA

LAS PALMAS
IMP. Y LIT. DE MARTÍNEZ Y FRANCHY
calle de Viera y Clavijo núm. 13
1905

A la Sra. D.ª Emilia Pardo Bazán

Los Hermanos Millares.

PERSONAJES

D. Pedro Socorro, 60 años.
Juan de Brial, 29 años.
El capitán Venegas.
El padre Gordillo.
El doctor Lara, 40 años.
D. Narciso Valerón, prócer de 54 años.
El marqués de La Laja.
Teodorito, 50 años.
Ortiguilla, 25 años
Canabuey, 30 años.
El abogado Rios-Morón, 27 años.
El Gobernador, viejo restaurado.
El Fiscal, 50 años.
Miguel Moreno, 45 años.
Los Angelotes, grupo de jóvenes entre 15 y 20 abriles.
Un viejo que duerme.
Dos magistrados que comen.
Los marinos ingleses que pasan.
Un criado.

—

671388

María de Brial, 33 años.

Doña Ramona Ruiz de Vega y Campos, 56 años.

Pepita y Laura, sus hijas, 18 y 20 años.

Isidora, rubia insignificante de 18 años.

Carlota, real hembra de 30 años.

La señora de Valerón, dama neurasténica.

La marquesa de La Laja, dama inocente.

Miss Lawson.

Teresa Moreno, 42 años

I

El *salón rojo* (salón de tertulia) en el *Gran Casino*.

Decoración de mal gusto en que dominan los tonos rojos. En el fondo el *gran balcón*. A la izquierda puerta de entrada y otra que conduce á las galerías del casino. A la derecha arco por donde se va al salón de baile. Allí, un grupo de curiosos que con frecuencia se renueva, contempla desde lejos el sarao: son pollos tímidos y padres de familia que no tienen frac. Uno de éstos duerme profundamente en un ángulo del salón durante toda la escena.

En el primer término y en sillones y butacas están las personas graves: el Gobernador, el presidente del Casino, Ríos Morón el abogado y otros; ante ellos, en pie, el periodista Ortiguilla. A la izquierda, separado del grupo y fumando silenciosamente, el capitán Venegas, de uniforme. Canabuey, de chaquet, en el grupo de los desheredados de la fortuna. En el *gran balcón*, Teodorito, el presidente de Recreo, con la comisión de obsequios, unos cuantos chicos frescos y rizados como angelotes, con un lazo de cintas rojas y amarillas prendido en la solapa del frac. Los criados atraviesan á cada instante la escena. Librea pretenciosa, de colores chillones y mal emparejados.

—

(Voces confusas entre las que se destacan las de Rios-Morón y Ortiguilla.)

ORTIGA.

¡Sí, señor!

MORÓN.

¡Nunca! ¡Nunca!

ORTIGA.

Todos ustedes lo saben.

DON NARCISO.

¡Eso no... eso no!...

MORÓN.

Usted lo dice. ¡El único!

ORTIGA.

Todos lo murmuran en voz baja.

DON NARCISO.

¡Ni pensarlo!...

MORÓN.

¡Protesto!

CANABUEY. (Desde el grupo de la puerta.)

Siempre serás Ortiga.

ORTIGA. (Golpeándose el pecho.)

Y á mucha honra. ¡Ortiga, un nombre de guerra ganado en el campo periodístico, temido en la candente arena! Aqui hay sangre. La de ustedes es linfa.

MORÓN.

¿Sangre? ¡Bilis amarga!

CANABUEY.

Tampoco bilis... Tinta como la de los pulpos. (Risas y confusión.)

TEODORITO. (Acudiendo seguido de los angelotes.)

¡Señores, por el buen nombre del *Gran Casino* y por el buen éxito de este gran festival... un poco de orden! Llegan señoras... las de Vega y Campos...

ORTIGA. (Moderando la voz, mientras salen Teodorito y su séquito.)

Señor Gobernador, tratándose de una per-

sona como V. E. que, como digo en el artículo «Bienvenida», publicado en mi periódico «El Acusador», junta á una voluntad firme el claro sentido de la justicia, tratándose de una autoridad enviada á este apartado rincón de la madre patria para sembrar la semilla de la regeneración que forma el credo de la gente nueva á que V. E. pertenece...

GOBERNADOR.

¡Hombre! ¿Yo gente nueva? Ya lo quisiera para los días de besamanos. (El coro ríe adulador y complacido.)

ORTIGA.

¡Muy ingenioso!... tratándose además de un antiguo y distinguido periodista, no puedo menos de decirle con esta franqueza que es mi virtud y mi gloria, toda la verdad respecto á este noble pueblo y á su director espiritual y material don Pedro Socorro.

VOCES. (En la explosión de la protesta.)

¡Ya apareció aquello! ¡Esto no se puede sufrir! ¡Silencio! ¡Silencio!

(Este se restablece á la aparición de las de Vega y Campos: las dos niñas conducidas por dos angelotes, la madre por Teodorito. Atraviesan el salón de derecha á izquierda para entrar en el baile. Todos se levantan y saludan.)

PEPITA. (A su caballero.)

¿Hay mucha gente?

ANGELOTE 1.°

Tut le salon es replet.

PEPITA.

No se puede hablar con usted desde que fué á comprar granos á Marsella.

LAURA. (Al pasar, á su caballero.)

¿Dónde está el Gobernador?

DOÑA RAMONA. (Al pasar, á Teodorito.)

¡Si es un viejo pintado! (Risas comprimidas.)

TEODORITO. (Volviendo la cabeza y dirigiéndose á Venegas.)

¡El cigarro... el cigarro... por Dios!

(El capitán lo oculta sin apagarlo; todos se sientan.)

ORTIGA. (Desde que ha desfilado el grupo.)

Pues, sí, señor Gobernador...

TODOS. (Alzando los brazos.)

¿Otra vez? ¿Otra vez? ¡Por Dios!

ORTIGA.

Otra y ciento. ¿Se han figurado ustedes ahogar mi voz? ¿Era esa la consigna? Pues no han de lograrlo á menos que el señor Gobernador me indique que el director de «El Acusador» estorba.

GOBERNADOR. (Prontamente.)

Nada de eso, amigo mío; tendré especial gusto en escuchar la voz de las oposiciones... (Sincerándose en voz baja con los del grupo adicto.)

VENEGAS. (A Ortiga en voz baja.)

El Gobernador tiene miedo á la prensa de oposición.

ORTIGA.

Como que me envió su tarjeta lo mismo que una tiple de ópera. Aprovecharé la oca-

sión para pintar á nuestro hombre de cuerpo entero.

VENEGAS.

Para pintarse, él. ¿Has visto qué betún más hermoso?

TEODORITO. (Que regresa del salón de baile.)

¡Por Dios, capitán Venegas, ese cigarro... ese cigarro!

VENEGAS.

Este cigarro es un gran cigarro, ¡oh gran presidente de Recreo del *Gran Casino...!*

TEODORITO.

Es que el Reglamento es muy severo, capitán, y usted, acostumbrado á las Ordenanzas, no podrá extrañar... ¿Por qué no pasa al gran balcón?

VENEGAS.

¿Al gran balcón? ¿Para cojer la gran pulmonía?

TEODORITO. (saliendo)

Por lo menos ocúltelo usted.

VENEGAS. (Fumando tranquilamente.)

Bueno, hombre, bueno.

GOBERNADOR. (Acercándose á Ortiga.)

Aquí me tiene usted á sus órdenes.

ORTIGA. (Tomándole del brazo.)

No tema que le moleste por mucho tiempo.

(Juntos pasean desde el proscenio al balcón; Ortiga se detiene á veces, accionando con energía.)

VENEGAS. (Acercándose á don Narciso y Rios-Morón.)

Por esta vez les ha ganado la partida. Se lo dirá todo.

DON NARCISO. (Sonriendo.)

¿Piensa usted que él no lo sabe?

VENEGAS.

Hombre, bien pudiera ser. Ha hecho el viaje con Juan de Brial, y el marquesito no se habrá mordido la lengua.

MORÓN.

¿Pero qué infamias le estará contando?

VENEGAS.

Las mismas que tú le hubieras contado hace tres meses, fecha de tu nombramiento de Juez municipal.

MORÓN. (Queriendo alejarse.)

Con usted no se puede hablar seriamente.

VENEGAS. (Tomándole por el brazo, mientras don Narciso ríe.)

Mira hacia allí. ¿Comprendes lo que esos gestos significan? Si me parece verte contando la historia de Socorro en pleno café... Su primer asalto á la fortuna incendiando sus almacenes vacíos y cobrando el seguro... ¡Así lo contabas tú!... Mira, mira: ahora relata el segundo asalto... sus servicios políticos premiados con un destino en la Aduana de Manila... Si parece, como tú, tomarle el peso á las talegas con que regresó á este país y fabricó un palacio sobre los almacenes incen-

diados y desplumó al viejo Brial de todos sus bienes y fundó la terrible dinastía de los Socorros!...

MORÓN. (Deshaciéndose de Venegas.)

Ya respiró por la herida el escudero de doña María de Brial.

(Don Narciso ríe á carcajadas.)

VENEGAS.

Á mucha honra.

DOCTOR LARA. (Que se acerca, mientras su señora pasa al salón de baile conducida por un angelote.)

¿Qué se miente por aquí, caballeros?

VENEGAS.

Aquí no se miente, mediquillo. Se dicen verdades como puños.

DON NARCISO. (Saludando.)

Buenas noches, doctor.

DOCTOR LARA.

¿Verdades como puños?

VENEGAS.

Hablábamos de Socorro.

DOCTOR LARA.

Y usted hablaba mal. (A don Narciso.) ¿Cómo ha permitido usted que Ortiguilla acapare al Gobernador?

DON NARCISO.

Porque á mí todo esto me aburre ya soberanamente. Yo soy un hombre que no necesita de la política; mi mujer está neurasténica y ninguno como usted sabe cuánto se disgusta si mi nombre es traído y llevado por la prensa.

DOCTOR LARA.

Cierto... cierto...

DON NARCISO.

¿Qué necesidad tengo yo de estas cosas si la comida está segura y no hay hijos? Lo com-

prendo en Socorro que tiene una hija y le busca un príncipe consorte para perpetuar la dinastía; pero, ¿yo, yo, Narciso Valerón?

VENEGAS. (Desde su butaca.)

Podría usted trabajar para esa tía que llaman la Historia.

DON NARCISO.

Bastante trabajaron para esa Señora mis ilustres abuelos y ya ve usted el pago. Ni una mala callejuela lleva el nombre de Valerón. La humanidad es ingrata.

DOCTOR LARA.

Muy pesimista está, mi digno prócer.

DON NARCISO.

Aquí el hombre que la ha sabido entender es usted.

DOCTOR LARA. (Algo alarmado.)

¿Yo?

DON NARCISO.

Y lo apruebo. Usted vive bien con todo el mundo, entra en todas partes llevando el viático codiciado de la salud y en todas partes es recibido con palio. Desde que se trata de un conflicto político, de una votación embrollada, ya está usted asistiendo un parto en el campo, á diez leguas del colegio electoral.

VENEGAS.

Eso es cierto. Te acusan de pastelero.

DOCTOR LARA.

Porque mi temperamento no es de combatir en la prensa ni en la tribuna. Porque antes que nada está la dignidad del sacerdocio que ejerzo. Y después mi familia y después el prójimo, es decir, mi clientela.

VENEGAS. (Levantandose.)

Yo te saludo, gran egoista; tú vivirás más que tu padre que fué mi compañero en la guerra del norte. Él y yo fuimos los únicos de nuestras milicias que marchamos

contra el carlista; él dejó allá los huesos y yo me traje la gran cruz del reuma.

DOCTOR LARA. (Sonriendo.)

Otras épocas, otros hombres. Yo soy de los que creen que el esfuerzo individual, eso que ustedes llaman egoismo, será la salvación de la raza latina.

VENEGAS.

¡Hombre, no me hables de latinos!

DOCTOR LARA.

¿Por qué?

VENEGAS.

Porque me acuerdo de los tiempos en que atormentaron mi espíritu haciéndome estudiar esa lengua en el Seminario, y nadie me hace creer que yo sea latino.

DOCTOR LARA. (Benévolamente.)

¡Siempre bromista! Pues decía que yo que creo en la salvación de la raza latina...

VENEGAS. (En voz baja, tenazmente, acentuando, mientras el otro habla.)

Palabras... palabras... palabras...

DOCTOR LARA. (Sin interrumpirse.)

... solo la considero posible por el esfuerzo individual, entre los cuatro muros, para reunidas esas *litles homes* como dicen los ingleses (tose) que llevan un poquito del calor del hogar, constituir otro gigantesco en torno al cual todos nos reunamos y calentemos.

VENEGAS. (Ya gritando.)

... palabras... palabras y palabras.

DOCTOR LARA.

Hechos, capitán.

DON NARCISO.

¡Hermoso sueño!

DOCTOR LARA.

¡Hermosa realidad!

VENEGAS.

¡La calefacción nacional!

DOCTOR LARA.

Por eso—y valgan confesiones—apoyo la política local de Pedro Socorro, que dentro de la unidad de su mando permite el tranquilo progreso de nuestras industrias. ¿Que es déspota? ¿Que aprieta? Eso es inevitable. Por lo demás creo que su mejor timbre está en la extinción de nuestras viejas ideas románticas, como también creo en su fuerza y me río de las maldiciones de unos cuantos mayorazgos cretinos que le entregaron con su influencia histórica, la hacienda heredada.

VENEGAS.

¡Hay que decir eso á Juan de Brial!

DOCTOR LARA.

Ese es un caso especialísimo que no puede discutirse con el escudero insigne de Mariquita.

VENEGAS.

Ni por el médico de Mariquita.

TEODORITO. (Que acude presuroso.)

¡Ayúdeme usted, señor Presidente, yo no puedo atender á todo! Han llegado el señor Fiscal y una comisión de marinos ingleses...

DON NARCISO.

Voy enseguida. (Se aleja por la derecha.)

TEODORITO.

¿Saben ustedes que me han robado la llave del Triclinio?

VENEGAS.

¿El Triclinio?

TEODORITO.

Nombre clásico con que hemos bautizado al salón del ambigú. ¿No lo sabía usted? Pero, capitán, ¿todavía fuma usted ese cigarro?

VENEGAS. (Entregándole la colilla.)

Échalo por el gran balcón del Gran Casino, gran imbécil.

ORTIGA. (Llegando con el Gobernador al proscenio, sujetándole por las solapas del frac.)

Resumen: Socorro I es un egoista formidable, capaz de todas las fechorías... fechorías legales, por supuesto... él nunca se sale de la Ley, la Ley es su cómplice. Exteriormente católico, flexible hasta la indignidad con los que necesita, despreciativo para los que no le sirven ó han dejado de servirle. Es un hombre tan terrible que no tiene vicios... digo mal, tiene uno, el único: el de pleitear. Es un litigante incansable que gana siempre, porque dispone, —esto no se puede decir en voz alta,—dispone de...

DON NARCISO. (Entrando con el Fiscal.)

Pase usted, señor Fiscal, pase usted.

GOBERNADOR. (Deshaciéndose de Ortiga.)

¿Tú por aquí, Cisneros de mi alma?

FISCAL.

¡Amigo La Hoz! (Se saludan fraternalmente.)

DOCTOR LARA. (A Ortiguilla.)

Cuente usted sus impresiones, periodista insigne.

ORTIGA.

¡Aquí pasarán grandes cosas!

DOCTOR LARA. (En broma.)

¿Más grandes que el Gran Casino?

ORTIGA.

¡Y más que el gran Socorro!

DOCTOR LARA.

Nada de personalidades. Socorro es mi amigo y cliente.

ORTIGA.

Pues mañana, visita segura. (Con misterio.) Esta noche harán su aparición en esta casa María y Juan de Brial. ¿Qué le parece á usted? ¡Se queda usted con la boca abierta!

DOCTOR LARA.

¿Mariquita Brial y su sobrino? ¡Pero, eso sería una declaración de guerra!

ORTIGA.

Eso es. Mientras hablaba con el Gobernador me enviaron una nota de la redacción. Lo supieron por el cochero que es de los míos. (Á Venegas.) Pero usted debe saberlo, usted, el íntimo de la familia, el escudero de esa digna descendiente de don Quijote.

VENEGAS. (Socarronamente.)

Efectivamente, me parece haber oído decir algo de eso,..

DOCTOR LARA.

Es preciso enterarse. ¿Dónde está Teodorito?

ORTIGA. (Riendo.)

Venga usted, doctor, venga usted.

(Se alejan y confunden con los grupos, comentando la noticia. El que forman el Gobernador, el Fiscal y don Narciso se acerca al proscenio.)

GOBERNADOR.

De todo lo que ese Ortiga me dijo, sólo un dato debe atenderse. Mis instrucciones, es claro, son, como ustedes supondrán, marchar

de acuerdo en todo con el señor Socorro; pero en el Ministerio no se conocía esa historia de Brial. Es un elemento de cuidado, sí señor, de mucho cuidado.

DON NARCISO.

No exageremos. ¿Conoce usted á Brial?

GOBERNADOR.

Pues ahí está lo más chistoso. Ha hecho el viaje conmigo y me ha parecido un excelente muchacho... madrileño y del distrito del Congreso...

FISCAL.

¿Y por qué suponerle jefe de una rebeldía?

DON NARCISO.

Una historia vieja y triste. Cuatro palabras. Su padre, y pariente mío, el marqués de Valsendero, finca que hoy pertenece á Socorro, fué un imbécil que, jugando en el Casino y dejándose explotar por tiples más ó menos ligeras, comprometió estúpidamente su mayorazgo. Y cayó en manos de prestamistas y

llegó á las de su amigo Socorro y éste dentro de la Ley y con su apoyo le dejó á pedir por puertas. Hubo pleito y pleito famosísimo sobre esa misma hacienda de Valsendero y de pronto la cuestión de intereses se complicó trágicamente con otra de honra. Socorro acusaba al Marqués de falsificación de un documento. Aquello apasionó á las gentes y nunca llegó á saberse si el desdichado Brial cometió ó no el delito, pues durante el proceso huyó á América donde murió en la miseria.

FISCAL.

Malos precedentes para un Vengador. Una causa criminal en el pasado y la pobreza en la actualidad.

DON NARCISO.

No tanto. Juan de Brial dispone de una fortuna modesta, pero bien saneada, la de su tía Mariquita que le ha educado en el odio santo á la raza de Socorro.

FISCAL.

Alguna vieja aristócrata y fanática.

DON NARCISO.

Pero ¿usted no la conoce? Bien es verdad que lleva poco tiempo de residencia en el país y ella se lo pasa confinada en su casa solariega ó en su hacienda de Molino de Viento. Es una mujer de treinta años, la más hermosa é inteligente de mis paisanas, fortaleza inexpugnable á la cual todos nos hemos resignado á admirar desde lejos. ¡Una mujer excelsa!

VENEGAS. (Interviniendo.)

Don Narciso se engaña; María no es una mujer. Señor Gobernador, puesto que usted le está tomando el tiento á las cosas del país, yo también quiero ilustrarle...

DON NARCISO. (Presentándole.)

El capitán retirado don Pablo Venegas.

GOBERNADOR. (Saludando)

Muy señor mío...

VENEGAS.

En este país hay dos hombres: Pedro Socorro y María de Brial.

FISCAL. (Riendo.)

¡Hombre! ¡Hombre!

DON NARCISO. (Idem.)

¿Los demás somos mujeres?...

VENEGAS.

Los demás somos, como dice el mediquillo, raza latina. (Los otros ríen.) No es broma: yo conozco á María de Brial desde que era niña...

GOBERNADOR.

Desde que era niño, querrá usted decir.
(Risas.)

VENEGAS.

... y á los diez y seis años, cuando tuvo lugar la ruina del Marqués,—un imbécil,—y cuando su sobrino apenas contaba doce, cam-

bió de sexo. Desde entonces es un hombre, un hombre en el sentido hermoso de la palabra.

DON NARCISO.

¡Cómo se exalta el fiel escudero!

VENEGAS.

Sólo me pasa cuando hablo de ella.

GOBERNADOR. (Rectificando.)

De él.

(Grandes risas en el grupo que se va formando.)

VENEGAS.

Bueno. De él. Él, María de Brial, no ha transigido y ese es el secreto de su fortaleza; se aisló en la montaña y por eso es saludable y hermosa; no ha perdido la fe ni el entusiasmo y por eso á los treinta años es más joven que todos estos angelotes... estos angelotes que llevan en la solapa la bandera nacional que arriaron en nuestros castillos.

LOS ANGELOTES. (Regocijadamente.)

¡Bravo! ¡Bien por el Capitán! ¡Salud al Sancho Panza de doña María!

VENEGAS. (Sonriendo.)

Fué esa (señalando á las escarapelas) una gran idea, idea patriótica y salvadora: señalar á la comision de obsequios con una moña encarnada y amarilla. Usted, señor Gobernador, debe entender de toros. Preséntole la ganadería nacional.

(Protestas y burlas.)

TEODORITO. (Cayendo sobre el grupo como una tromba.)

¡Pollos! ¡Pollos! ¡Faltan hombres en el salón de baile! ¡Que no se diga! ¡Es necesario dejar bien puesto el pabellón!

VENEGAS.

¡Eso! ¡Que lo vean los marinos ingleses flotando á los giros del vals!

UNA VOZ. (En el balcón.)

El coche de don Pedro Socorro.

TEODORITO.

Vuelo á su encuentro.

DON NARCISO.

Ustedes me perdonarán...

(Salen por la derecha con grande apresuramiento; los angelotes entran en el salón de baile.)

GOBERNADOR. (Al Fiscal.)

Yo no entiendo á estas gentes, amigo Cisneros. Por mi parte me mantengo á verlas venir... Y ahora por verlas venir... díme, Fiscal... ¿Se... (Gesto significativo.)

FISCAL. (Con gravedad burlesca.)

Curro, ¿por qué me lo preguntas?

GOBERNADOR.

¿Tú? ¿Reservas para conmigo? Si no lo pregunto sino para informarme... (Bajo.) ¿Buhardilla?

FISCAL.

Sótano. Estas gentes son trogloditas. Mira... quien puede darte noticias exactas es el inspector de policía... La hija de Socorro... (Isidora pasa del brazo de Teodorito. Detrás vienen Socorro y don Narciso.) ... diez y ocho años... El gran cacique... cincuenta mil duros de renta.

ISIDORA. (Al pasar.)

No diga tonterías... adulador.

TEODORITO.

¡Ravissant! ¡Ravissant!

(Se encuentran frente á frente el Gobernador y Socorro; entre los dos don Narciso; en el fondo el coro á honesta distancia. El fiscal sigue á Isidora.)

DON NARCISO. (Su voz se destaca en un brusco silencio.)

El Excmo. Sr. D. Francisco de la Hoz, Gobernador de la Provincia.

SOCORRO. (Presentándose sencillamente.)

Pedro Socorro.

VENEGAS. (Alejándose con Ortiga.)

Esto da asco. Me voy al gran balcón.

(Socorro y el Gobernador toman asiento en el primer término de la izquierda. Los demás en el fondo.)

SOCORRO.

He de pedirle mil perdones por no haber antes cumplido con el deber de visitarle. Hace pocas horas llegué de Valsendero, á tres leguas de aquí. Además yo soy tan mal cortesano como sincero en mis ofrecimientos.

GOBERNADOR.

Yo también aguardo de usted algo más que vanas fórmulas sociales. Espero su consejo y su apoyo para realizar mi programa.

SOCORRO. (Con ligera ironía.)

¡Ah! ¿trae usted programa?

GOBERNADOR. (Entendiendo.)

No hay que asustarse. Mi programa es el

del Gobierno: combatir la inmoralidad, educar el alma nacional, fomentar la agricultura y la industria y el comercio, normalizar la situación de los maestros de escuela, garantizar la independencia de los encargados de administrar justicia, concluir con la hidra del caciquismo...

SOCORRO. (Que asiente con la cabeza á cada inciso.)

Eso... eso... eso es lo principal.

GOBERNADOR.

Para todo esto necesito un buen piloto. Ninguno mejor que usted y así me lo recomendaron en Gobernación al darme la credencial.

SOCORRO.

Sí; yo también he recibido carta de Ramonete. No extrañe usted esta familiaridad al hablar del Ministro de la Gobernación. Es un recuerdo de otros tiempos y, aunque pasados, y don Ramón muy alto y yo muy obscuro, nos complacemos en recordarlos todavía. Por cierto que me escribe una cosa muy graciosa... Dice: te mando un Gobernador,—per-

done usted la frase,—te mando un gobernador cuyo apellido es un símbolo... La Hoz... siega, hijo mío, siega el campo y guarda las espigas.

(El Gobernador achicado ríe ruidosamente; Socorro en silencio; el coro se regocija á distancia.)

GOBERNADOR.

Tiene gracia ese pícaro.

SOCORRO.

Tanta, que no sabiendo en qué emplearla le da salida en las páginas de la *Gaceta*. Aquí, por fortuna, no se necesitan hoces ni guadañas. La situación es de paz perdurable.

GOBERNADOR.

Esas son mis noticias.

SOCORRO.

Cuatro arrapiezos golpean de vez en cuando á la puerta cerrada del templo de Jano... que no se abre.

GOBERNADOR.

Un tal Ortiguilla...

SOCORRO.

¿Ya le conoce usted? Pues ese no es de despreciar porque tiene mala sangre. Pero yo sé el remedio para las ortigas.

GOBERNADOR. (Con gesto expresivo.)

¿Hay que segar la mala hierba?

SOCORRO.

No. Hay que preguntar á ese chico *cómo se llama.*

GOBERNADOR.

¿Cómo se llama? No entiendo.

SOCORRO.

Es una frase mía. Cuando quiero comprar algo, en vez de preguntar el precio, que es cosa fea, pregunto sencillamente cómo se llama.

GOBERNADOR.

¡Ingenioso! ¿Quién me diría que yo vendría

á aprender aquí algo nuevo en materia de compraventa?

SOCORRO. (Sonriendo.)

En todas partes se aprende, amigo mío.

GOBERNADOR.

¿Y cómo se llama Ortiga?

SOCORRO.

Veinte y cinco duros mensuales: el puesto de redactor en jefe de *La Justicia*, órgano de mi partido.

GOBERNADOR.

Un nombre modesto.

SOCORRO.

No estamos en una gran capital, donde hay individuo que tiene más apellidos que un hidalgo portugués. Pero, no me juzgue usted mal por estas cosas. Yo tengo un criterio cerrado en tales asuntos. Creo que los hombres deben comprarse en su justo valor para apli-

carlos á la obra del bien. Es una teoría que se impone y que en la práctica hace milagros. Por ella he realizado mi grande obra: la obra de la paz provincial.

GOBERNADOR.

¡Maravilloso!

SOCORRO.

Concluídas las rivalidades que por largos años atajaron estúpidamente el progreso de los pueblos más importantes de la provincia; muerto el ideal político que, aquí como allá, consumió vidas é inteligencias; transadas las luchas religiosas por medio de un concordato cómodo... todos vamos hoy por el mismo camino, ancho y fácil, formando las huestes del partido formidable que tengo la gloria de conducir.

GOBERNADOR.

¡Estupendo! ¡Qué obra ejemplar!

SOCORRO.

No es mía solamente: he contado con dos

auxiliares poderosos: la muerte que se ha llevado á unos cuantos viejos románticos y la vida que me ha traído una generación nueva digna de los tiempos que corren. Sólo me falta ganar una batalla para morir tranquilo.

GOBERNADOR.

Ya sabe usted que me tiene á su lado.

SOCORRO. (Dándole un apretón de manos.)

Lo sé.

GOBERNADOR.

¿Qué le pasa á usted, amigo mío?

SOCORRO.

Estoy excitado, y esto me pasa siempre que emprendo una campaña.

GOBERNADOR.

¿Empieza?

SOCORRO.

Sí. Esas gentes que se agolpan al balcón, la

salida precipitada de don Narciso, las señales que me hace Díaz Morón, todo eso me anuncia que los de Brial han llegado.

GOBERNADOR.

¡Ah! ¿La lucha se empeña contra mi compañero de viaje?

SOCORRO.

No tema usted. Mi intención es sana; si no temiera al ridículo diría que es santa. Quiero estrechar la mano de ese chico, conquistarle al olvido y al perdón. No es la obra de un guerrero, es la obra de un cristiano que quiere morir en paz con su conciencia.

GOBERNADOR.

¡Es usted un verdadero patriarca!

SOCORRO.

Necesito que usted me presente ese mozo. Lo demás corre de mi cuenta.

(María y Juan de Brial entran del brazo; don Narciso les acompaña. Elegancia suma; sus vestidos sencillos se distinguen entre todos. Es una pareja admirable. Todos se inclinan á su paso. Espectación.)

DON NARCISO.

Hasta aquí he transigido, pero más allá no. Es un honor que no cedo á nadie, ni á tí. El brazo, señora mía, dame el brazo. Juan que nos siga si quiere. ¡Pues pequeño golpe vamos á dar!

MARÍA. (Su voz de mujer, después de las otras de los hombres, resulte una nota extraña, argentina.)

¿Cree usted que daremos golpe?

DON NARCISO.

¡Tremendo!

MARÍA.

Pues vamos á dar el golpe.

(Da el brazo á don Narciso y entra en el salón. Todos se inclinan respetuosamente á su paso.)

JUAN. (Que permanece un momento indeciso, descubre á Canabuey.)

¿Eres tú, Rafaelillo? ¿Pero no me conoces? ¿Tan cambiado estoy?

CANABUEY.

Es que no me atrevía á saludarte. En esto soy muy prudente. ¡Llega cada perro inflado de la Universidad!

JUAN. (Riendo)

¿Pues no dicen que es difícil tarea la de inflar perros?

CANABUEY.

Eso sería en tiempos de Cervantes. Y luego, como uno no ha podido seguir carrera... ¿Creerá usted...?

JUAN.

¿Usted? ¿Desde cuando?...

CANABUEY.

Bueno, mejor; pero en cambio me llamarás

como antes por mi nombre de guerra: «Canabuey».

JUAN. (Riendo.)

Bueno, hombre, bueno.

CANABUEY.

Pues creerás, Juanillo, que cuando llegó con su título el abogado Rios Morón...

JUAN. (Recordando.)

Rios Morón... Rios Morón...

CANABUEY.

Aquel que llamábamos «Bufadero» porque resoplaba, resoplaba... sin atinar palabra cuando le preguntaban la conferencia...

JUAN. (Riendo.)

¡Me acuerdo! ¡Me acuerdo!

CANABUEY.

Pues fuí á visitarle.

JUAN.

¿Y qué?

CANABUEY.

Pues me preguntó mi nombre, me habló ceremoniosamente de usted y me despidió á los diez minutos con el pretexto... ¡admírate!... con el pretexto de que era la hora del baño. ¡El baño! ¡Un hombre que nunca se había metido en agua hasta que tuvo el tabardillo el año pasado!

JUAN.

¿Y tú?

CANABUEY.

Yo me baño todos los sábados.

JUAN. (Riendo.)

No digo eso, hombre, sino que qué hiciste?

CANABUEY.

¡Ah!... Pues me levanté, saludéle inclinán-

dome hasta el suelo y le dije como las brujas de Macbeth: «Bufadero, tú flotarás».

JUAN.

¡Pobre Bufadero! ¿Y tú qué haces?

CANABUEY.

Vendo calcetines en casa del catalán Piferrer, enamoro á las criadas y cuando puedo robo dulces...

JUAN.

¿Todavía goloso?

CANABUEY. (Con mucho misterio.)

Esta noche he conseguido atrapar la llave del ambigú. He llenado tres paraguas con dulces, cigarros y fiambres que ya están en mi casa. La llave la tengo escondida en el bolsillo de aquel viejo que duerme, Juanito Tabaco... ¿No te acuerdas?... Mira, si tú quisieras... ven acá...

(Le lleva del brazo hacia el balcón, mientras Juan ríe, haciendo movimientos de negación.)

SOCORRO. (Al Gobernador.)

Vaya usted. El que le acompaña es un pobre chico; sin duda una amistad de colegio...

GOBERNADOR.

Vamos allá.

(Se dirige á Brial.)

UN CRIADO. (Se acerca á Socorro con una carta.)

Han traído esta carta para el señor.

SOCORRO.

¿Aquí?

CRIADO.

Sí señor, un hombre de la montaña que llega con el caballo reventado. Dice que es de don Manuel Acero.

TEODORITO. (Mientras Socorro lee la carta.)

¿Qué haces aquí?

CRIADO.

Traje una carta para el señor don Pedro.

TEODORITO.

¿Una carta y la traes en la mano? ¿En la mano? Pero, hombre, ¿y la bandeja?

CRIADO.

Germán está sirviendo helados con ella.

TEODORITO.

¿Helados en la bandeja Cellini? ¿Pero dónde están las cuatro del Renacimiento que están destinadas á ese uso?

CRIADO.

Los señores no daban espera y ha sido necesario servir el helado en todas las bandejas y hasta en vasos de cerveza.

TEODORITO.

¡Jesús!

SOCORRO.

Teodorito, usted ha incurrido en una falta.

TEODORITO.

¡Estos, estos! ¡Fuera de aquí! ¡Sorbetes en vasos de cerveza! ¡Qué impropiedad!

SOCORRO.

Lo digo porque no ha presentado usted el señor Brial á mi hija.

TEODORITO. (Con la boca abierta.)

¿Presentar?

SOCORRO.

Sí, esa es su falta; y es necesario que la subsane cuando Juan se acerque á mí para saludarme.

TEODORITO. (Como antes.)

¿Brial... á usted?

SOCORRO.

Sí, hombre, sí. Entonces le lleva usted al pequeño Trianón y le presenta á Isidora para que bailen.

TEODORITO. (Idem.)

¿Bailar?

SOCORRO.

Sí, Teodorito, sí... bailar. ¿Qué quiere usted que hagan dos jóvenes de 28 y 20 años que se encuentran en el Gran Casino?

(Avanzando hacia el Gobernador y Juan que se acercan)

GOBERNADOR.

Señor Socorro, tengo el honor de presentarle á mi compañero de viaje el señor de Brial.

SOCORRO. (Tendiendo la mano.)

Es un honor para este viejo estrechar la mano de hombre de tanta valía.

JUAN.

No exagere usted, caballero. Que mis primeras palabras no sean para defender algo mío, siquiera sea mi modestia, de un ataque de don Pedro Socorro.

SOCORRO.

Mis armas no ofenden: una mano temblorosa que se abre y un cuerpo que se inclina. Cuanto un hombre como yo puede y quiere ofrecer.

GOBERNADOR.

¡Qué hermoso símbolo! *L' union fait la force.*

VENEGAS. (Marchándose y despidiéndose con un sombrerazo.)

¡La farsa!

SOCORRO.

Gracias, señor de la Hoz. Usted me ha prestado un verdadero servicio al darme ocasión de estrechar la mano de Brial; pero yo no soy egoista y no he de retenerle en mi compañía. ¡Al baile... al baile... al pequeño Trianón! ¿No es eso, Teodorito?

TEODORITO.

Ofrece un golpe de vista deslumbrador. Vamos, Juan, vamos, señor Gobernador...

SOCORRO. (A Brial)

Hemos de hablar mucho.

JUAN.

Estoy á sus órdenes.

SOCORRO.

Otro día, en mejor ocasión. Yo la buscaré. Por esta noche pertenece usted á las damas.

MARÍA. (Que sale del brazo de don Narciso.)

¡Imposible! El calor es insoportable. (Á Juan.) ¿Entras?

JUAN.

Sí, por un momento.

MARÍA.

¡Pero si es imposible! El salón es un horno

TEODORITO.

¡Oh, señora! ¡Tratar de horno al pequeño Trianón! No la escuche usted, Juan, no la escuche usted.

(Se lleva del brazo á Juan y al Gobernador.)

SOCORRO. (Dirigiéndose deliberadamente á María.)

Deje usted, señora, que los jóvenes se diviertan. Mientras tanto yo, si usted me lo permite, le haré compañía.

MARÍA. (Mirándole fijamente, soltándose de pronto del brazo de don Narciso que se aleja y avanzando como un angel gladiador.)

Usted me necesita, Socorro.

SOCORRO.

¿Le extraña á usted que de pronto rompa este silencio que por tantos años nos separó?

MARÍA.

¿Cree usted que por haberlo roto estamos más cerca?

SOCORRO.

Indudablemente. Tan cerca que sus manos podrían golpearme y yo me inclino y las beso.

MARÍA. (Retirando instintivamente sus manos.)

Repito que usted me necesita.

SOCORRO.

Sí. Pedro Socorro necesita á María de Brial para hacer el bien.

MARÍA. (Soltando una sonora carcajada.)

¿El bien?

SOCORRO.

¡El bien!

MARÍA.

Pero, ¿cree usted que... eso se hace tan fácilmente como unas elecciones?

SOCORRO. (Sonriendo.)

Como yo quiera, sí. ¿Sabe usted lo que es mi voluntad?

MARÍA.

¿Su voluntad? Ya la conozco: dura y flexible como el acero.

SOCORRO.

Más.

MARÍA.

Pues más. Invente usted para compararla lo que más resista y mejor se doble; lo que aplaste brutal ó penetre amoldándose sutilmente á todos los recodos... ¡Una máquina formidable!

SOCORRO.

Eso: una máquina formidable.

MARÍA.

Pues, señor mío, con esa máquina no se fabrica el bien. Si pretende usted hacerlo con tales instrumentos lo rompe... (Ríe.) lo rompe. Es como si usted quisiera tallar las maravillas de un vaso cristalino á martillazos. ¡Cómo se

observa que usted no lo conoce, que no sabe hacerlo, que nunca ha hecho el bien!

SOCORRO.

Bueno. A toda edad se aprende, y si usted quiere instruirme yo no desprecio la enseñanza.

MARÍA. (Sentándose á la izquierda.)

Diga usted, hombre, diga usted.

SOCORRO.

Digo que tiene usted muchísimo donaire y toda la razón. Estas manos temblorosas de viejo no deben gastar un resto de energía en golpear y romper. Deben dedicarse á obra más grata y suave. Acariciarán, señora, tiene usted razón.

MARÍA.

Esta noche no está usted de suerte. ¿Cree usted que sea tan fácil acariciar? ¿Cree usted que la mano acostumbrada á llegar al prójimo para ofenderle pueda adquirir de pronto el

hábito de la caricia? ¿Que la boca acostumbrada á la palabra dura olvide el gesto habitual para producir la florescencia primaveral del beso? Señor mío, es tan difícil fabricar el bien con sus caricias como con su martillo.

SOCORRO.

Pero entonces, ¿cómo hacerlo? ¡Daría por saberlo...! (Se detiene á tiempo.)

MARÍA.

Vamos, hombre. ¿Cuánto daría usted?

SOCORRO. (Sonriendo cortesmente.)

Nada, señorita, nada. Ya sé que todo lo que poseo no basta á comprar algo suyo. Soy ante usted un mendigo que tiende la mano... ¡Una limosna!

MARÍA.

Pues, para hacer el bien, lo primero es saber lo que es el bien...

SOCORRO.

¡María!

MARÍA.

Y después, que se lo dejen hacer...

SOCORRO.

¡Mariquita!
(Retirando la mano que había tendido.)

MARÍA.

Y después... haber aprendido á hacerlo como aprendimos á besar, desde la cuna...

SOCORRO.

Eso está mal... se burla usted...

MARÍA. (Seriamente.)

Usted está viejo para aprender cosas tan difíciles. Se morirá con ese desconsuelo.

SOCORRO. (Irguiéndose; su cabezota de hombre triunfador adquiere una extraña expresión de energía y de inteligencia).

¿Que no he hecho el bien? Señorita, no se puede juzgar tan ligera y despiadadamente la obra de un hombre como yo. Ya decía usted

que para hacer el bien era necesario saber lo que es y que se lo dejaran hacer. Yo lo he hecho como lo he entendido y como me lo dejaron hacer. Lo hice en colaboración con una sociedad podrida, traficando en almas... con todos... con su familia... con usted misma...

MARÍA.

¿Yo, colaboradora de don Pedro Socorro?

SOCORRO. (Con energía.)

Sí; todos pusieron sus manos en esta obra mía que, sin ser perfecta, yo considero de progreso, de bienestar, de paz eterna y regalada en que vivimos y en la cual cada uno realiza su trabajo útil de máquina humana. Nuestro pueblo es hoy un taller inmenso, y la mayor parte de las herramientas... la mayor parte, entiéndase bien... reciben de mí la energía que las anima.

MARÍA.

Eso, eso mismo.

SOCORRO.

La fuerza repartida á domicilio como la electricidad, brotando de un solo orígen. El golpe sonoro del martillo simbólico, batiendo ritmicamente en todos los hogares.

MARÍA.

No en el mío.

SOCORRO.

Ya lo sé. Por eso dije: «la mayor parte». Usted prefiere moverse á impulsos de otras energías, como su Molino de Viento, el que usted no ha querido venderme y que, aislado en lo alto de Valsendero, prefiere el impulso caprichoso de la brisa al otro regular y constante de las energías modernas.

MARÍA. (Riendo.)

Eso, eso mismo. ¡Cosa más rara! Usted y yo coincidimos en muchas cosas. No sabe usted cuánto me ha complacido esa comparación. Así, solo, aislado, en la altura, dominando el llano, con las monstruosas aspas en

cruz, crugiente la tela como el velamen de un navío, recibiendo el soplo de la brisa que llega del mar cargada con su perfume acre y saludable, impregnada de su fuerza y su grandiosidad. ¡Oh, yo haré un símbolo con ese molíno y lo añadiré á las armas de mi familia!

SOCORRO.

¡Oh, señora, antes que usted lo hizo don Quijote!

MARÍA.

¡Mejor, mejor! ¡Qué genealogía! ¡Y á usted la debo, á usted, gran dinamo de la paz afortunada!

SOCORRO.

De la paz perdurable y fecunda que nadie osará turbar con asonadas estériles.

MARÍA.

¿No?

SOCORRO. (Con gran firmeza.)

¿Y á nombre de qué idea? ¿Con qué bandera?

MARÍA.

¡Ah! Tiene usted razón y es usted más fuerte de lo que yo había imaginado. Todas las banderas que podían ondear al frente de un ejército, ustedes las arriaron y deshonraron. El ideal que nos guió en locas empresas y que todavía pudiera inflamar los corazones, ustedes lo mataron. ¡Ni bandera, ni ideal! ¡Todo lo prostituyeron estas gentes! Tiene usted razón: en esta tierra reina la paz de los cementerios. Sólo nos queda la esperanza en la madre tierra, en que su seno se rompa y de él surja glorioso y resucitado el Ideal que bajo ella enterraron. ¡Yo espero, en el milagro de la Resurrección!

SOCORRO.

¿Muerto el Ideal y á mis manos? No; usted no me conoce. ¡Aquí lo guardo (Golpeándose el

pecho), aquí alienta y vive, siento sus alas, las alas inmensas del Ideal que ensayan el vuelo!

(Al gesto cae la carta que antes había guardado.)

MARÍA. (Riendo.)

¡Alas desplumadas! Mire usted cómo caen las plumas al suelo... mire usted.

SOCORRO. (Recogiendo torpemente los papeles.)

Es usted inexorable. Cambia usted de idea y de rumbo...

MARÍA.

A impulsos de la brisa. ¿No hemos quedado en que soy un molino de viento?

SOCORRO. (Con la carta en las manos.)

¿No quiere usted creer en mi sinceridad?

MARÍA.

Déme usted una prenda.

SOCORRO.

La que usted quiera... ¡todo!

MARÍA.

Mucho arriesga usted.

SOCORRO.

Todo. Ya lo dije.

MARÍA.

Téngole lástima y me contentaré con poco. Déme usted como prenda esa pluma desprendida de las alas de su ideal.

SOCORRO. (Sobrecogido.)

¿La carta?

MARÍA.

¡Oh!... ¡La carta!... ¡Qué palabra tan prosáica! Es una pluma... Una carta la escribe cualquiera... hasta pudiera hacerlo un vulgar caciquillo de Vega-honda.

SOCORRO.

¡María! Me da usted miedo... Nunca encontré un hombre que así jugara conmigo.

MARÍA.

¿Pues no dicen todos ustedes que yo soy un hombre... un Brial, el primogénito, el heredero?

SOCORRO.

Eso es... eso.

MARÍA.

Pues también se equivocó. Todo eso y además otra cosa... no lo soy yo... lo es *el otro*, el que yo he criado, el que yo he seguido con ojos de madre... de autor. El que traje á estos salones para presentarlo y mostrarlo como una bandera nueva en cuyos pliegues flota el eterno ideal.

SOCORRO.

Es usted cruel... cruel é injusta. Todavía no ha podido usted entender cuánto grande y bueno alienta en el pecho de este anciano.

MARÍA.

Ahí sólo anida un ideal desplumado. El

pecho de ese pobre viejo es el nido donde reciben calor infamias como esa... (Por la carta) una carta escrita por la mano de un asesino y un falsario.

SOCORRO.

Pero, ¿cómo lo ha sabido usted? ¡Si la he recibido aquí!

MARÍA.

Es que no lo sabía, ni me importa que sea esa ú otra. Yo me refería á *la carta*... escrita ó no escrita... que llegó ó llegará... á *esa carta* que todos los que hacen el mal y temen el castigo envían á usted... á usted que á última hora quiere aprender á fabricar el bien.

SOCORRO.

Ya veo que tiene usted espías en mi campo.

(Comienza el desfile de las parejas del salón de baile al del ambigú. Se distinguen los marinos ingleses, de uniforme, graves y estirados. Juan de Brial da el brazo á Isidora.)

MARÍA.

No; yo oí las voces de las víctimas que piden justicia; esa voz que antes se perdía en el silencio de la paz, que fué su obra, y que desde hoy atronará los espacios porque todos saben que será oída por Juan de Brial.

TEODORITO. (Entrando.)

¡Al Triclinio, al ambigú! ¡Ha sido necesario forzar la cerradura! ¡Un destrozo salvaje! ¡Qué espectáculo ante el comodoro inglés! ¡Qué gran vergüenza!

MARÍA. (Riendo.)

Ya ve usted los efectos de la paz...

TEODORITO.

Mariquita, el brazo... no cedo á nadie este honor. ¡Al Triclinio!

SOCORRO. (Mostrando la pareja de Brial é Isidora.)

Mire usted. Nuestros hijos son mejores que nosotros. Saben el camino del perdón... y lo siguen.

MARÍA. (Riendo; ya del brazo de Teodorito.)

¿El camino del perdón? No, hombre, es solamente el camino del ambigú... Vamos.

II

El despacho de Brial.

Un salón antiguo que recibe luz del patio por un ancho ventanal con cristales, situado á la derecha. A la izquierda puerta que conduce á las habitaciones de la casa. Otra en el fondo que conduce á una antesala. Muebles antiguos y de valor artístico. La mesa ante la ventana. En sitio preferente un retrato moderno, ampliación fotográfica del marqués.

El cura Gordillo y el Doctor Lara sentados á la izquierda en un pequeño estrado. Canabuey ante la mesa, rayando papel blanco con verdadero frenesí.

GORDILLO.

¡Es una infamia!

DOCTOR LARA.

¡Palabrería desacreditada... Letra de molde.

GORDILLO.

El artículo, por lo que me han contado, es infame.

DOCTOR LARA.

No es sino cursi. Empezando por el título: «Yo acuso». La parodia no puede ser más ridícula. Lástima que no estuviera á la mano para que usted juzgara el estilo, usted que es profesor de Retórica.

CANABUEY. (Presentando el periódico.)

«El Acusador», diario independiente.

DOCTOR LARA.

¡Bravo! Ahora verá usted.

GORDILLO. (Mirando de arriba abajo al mozo)

¿De hortera á pasante? Mi enhorabuena.

CANABUEY.

Secretario, padre Gordillo, secretario.

GORDILLO. (Con infinito desprecio.)

¿Tú secretario? ¿Sabes lo que es el género epistolar?

CANABUEY. (Cohibido.)

Todavía no he hecho sino rayar papel.

DOCTOR LARA.

Aquí está. «Desde las primeras horas del dia de ayer, la nueva de un negro y horrendo delito ha llenado de indignación y de espanto á los buenos ciudadanos que aún conservan el corazón y la conciencia libres é incólumes de la asquerosa gangrena...»

GORDILLO.

¡Nauseabundo!

DOCTOR LARA.

Paso algunos renglones... «En la noche del doce del actual y á cosa de las once el acaudalado propietario de Vega-honda, don Juan del Cristo Moreno»... (Hablando) Sigue el relato del crimen... detalles espeluznantes... los enmascarados... el puñado de cal al rostro... los martillazos en el cráneo...

GORDILLO.

¡Aparte usted de mí ese cáliz de literatura ortiguesca!

DOCTOR LARA.

Aquí está el final, la invocación, como quien dice... «En nombre de la Justicía, de la pública honestidad, de la paz social de este desventurado país deshonrado y vilipendiado...

GORDILLO.

¡Atiza!

DOCTOR LARA.

...Y vilipendiado por largos años de servilismo, pedimos el castigo de los viles asesinos, cuyos nombres andan en labios de todos, aunque les ampare...» Aquí está lo gordo... «aunque les ampare el *socorro...*»

(Quédase mirando á Gordillo.)

GORDILLO. (Después de un silencio.)

¿Eso dice? ¿El socorro?

DOCTOR LARA.

Con bastardilla.

CANABUEY. (Obsequiosamente.)

Es una alusión á don Pedro Socorro.

GORDILLO. (Midiéndole de arriba abajo con soberano desprecio.)

¡Asno!

DOCTOR LARA. (Riendo.)

«...El socorro de los corrompidos, llaga asquerosa de esta tierra.»

GORDILLO.

¡Qué odioso atrevimiento! ¡Hablar de ese modo del hombre por cuya influencia acaba de obtener el país un depósito de caballos sementales!

DOCTOR LARA.

Palabrería huera. Lo grave es esto: la gacetilla que encabeza la crónica. (Leyendo) «Corre muy válido el rumor de que un distinguido

abogado que ha hecho célebre su histórico apellido en las lides académicas se hará cargo de la acusación privada...»

GORDILLO.

Tiene razón. Eso es lo verdaderamente grave. Si la noticia es cierta tendré que despedirme de la suprema ilusión de mi vida.

DOCTOR LARA.

La famosa reconciliación. Padre, es usted el hombre de los abrazos.

GORDILLO.

Soy una herramienta vieja empeñada en labrar la obra de la paz y del perdón. A eso vengo. Todavía confío en mi influencia sobre estos dos nobles corazones. ¿Y usted?

DOCTOR LARA.

Yo vengo á cumplimentar á mis clientes; pero, como usted, emplearé en la obra de la concordia, que á todos nos interesa, los argumentos de mi práctica.

GORDILLO.

Coincidimos en el propósito, ya que no en los móviles.

DOCTOR LARA.

¿Quién sabe?

GORDILLO.

Usted en nombre del utilitarismo aconsejando la componenda.

DOCTOR LARA.

Y usted en nombre de la religión predicando la paz entre los príncipes cristianos... ó semicristianos.

(En broma, dejando el asiento.)

GORDILLO.

¡Mala lengua!

DOCTOR LARA.

¡Apóstol socarrón! (Tono humorístico, las manos en los bolsillos.) Somos irreconciliables en teoría,

pero en el terreno escabroso de la realidad nos encontramos con frecuencia.

GORDILLO.

¡Alto allá! Nos encontramos, sí, pero frente á frente.

DOCTOR LARA. (Riendo.)

¡Bah!

GORDILLO. (Acalorándose.)

¿Transigir yo con usted? ¡Jamás!

DOCTOR LARA.

Todos los días. Ahora mismo. Sólo que transige insensiblemente, como quien resbala.

GORDILLO.

¡Falso! Yo no resbalo...

DOCTOR LARA.

Sin saberlo, hombre; empujado por el ambiente irresistible de la época, porque sabe que detenerse es la muerte.

GORDILLO. (Las manos en la cabeza.)

¡Oh Dios, qué disparates, qué absurdos dice este hombre!

DOCTOR LARA. (Acalorándose á su vez.)

¿Absurdos?

GORDILLO. (Con grandes gestos.)

La verdad es eterna é incapaz de evolución.

(Canabuey, encantado, suspende su obra y mira.)

DOCTOR LARA.

La verdad es relativa y lleva en potencia el error.

GORDILLO. (Burlándose provocativo.)

¿En potencia? ¿Conque en potencia?

DOCTOR LARA. (Furioso.)

En potencia, sí señor. ¿Acaso es un disparate?

GORDILLO.

¿Qué sabe usted de Metafísica?

DOCTOR LARA.

¿Y usted qué sabe?

DON NARCISO. (Entrando.)

¿Qué pasa, señores? Las voces se oyen desde el patio.

DOCTOR LARA. (Volviendo á su compostura habitual.)

El padre Gordillo que se subió al púlpito.

GORDILLO.

¡Que no sé Metafísica!

DON NARCISO.

Déjense de conflictos entre la religión y la ciencia, que la realidad nos apura. ¿Han visto á Mariquita?

DOCTOR LARA.

Aún no. Esperábamos á don Juan.

DON NARCISO. (A Canabuey.)

¿Quiere usted avisar á los señores? (Canabuey sale de mala gana por la izquierda.) ¿Ustedes han visto á Socorro? ¿Les habló?

DOCTOR LARA. (Vagamente.)

Llamóme hoy para consultarme una pequeña dolencia, casi nada, y de paso hablamos del tema de actualidad.

GORDILLO.

Yo también le he visto; pero conste que no vengo como conspirador. Vengo porque mi conciencia me empuja.

DON NARCISO.

No discutamos. Yo vengo, y doy ejemplo de franqueza, porque él me lo ha rogado. Siempre se acuerdan de mí en las situaciones difíciles.

GORDILLO.

Pues si yo no basto y estoy de más...
(Como si se marchase.)

DON NARCISO.

Nada de amor propio, padre Gordillo. Yo no tengo ambición y no he de reclamar glorias si logramos conjurar el escándalo. Escándalo enorme que amenaza envolvernos y revolcarnos en su ola.

DOCTOR LARA.

¿Se refiere usted al nuevo factor, á la acusación privada?

DON NARCISO.

Ese es el principio del mal, el término no lo conocemos. Al entrar he visto en el patio una pareja de campesinos mal encarados.

GORDILLO.

¿Los de Vega-honda?

DON NARCISO.

Esos. Los sobrinos desheredados.

GORDILLO.

¡Esto no se puede consentir!

DOCTOR LARA.

Es un pretexto para encender la guerra.

GORDILLO.

Y un pretexto malo. El peor de todos.

DOCTOR LARA.

¡Ay de los pequeños!

DON NARCISO.

Tienen ustedes razón: es un pretexto con que doña Casualidad favorece á los de Brial y aprieta á Socorro. La situación es clara y nuestro jefe la define en dos frases: ó Acero es condenado y todos dirán que Brial venció á Socorro, ó es absuelto y todos gritarán que Socorro tiene á la Justicia en el bolsillo.

GORDILLO.

¡Pero eso es sacar las cosas de quicio! ¿Por

qué no discutir la culpabilidad ó la inculpabilidad de Acero?

DOCTOR LARA.

¡Santa inocencia!

DON NARCISO.

Porque Acero, si no asesinó al indiano, es capaz de asesinarlo. Porque ahora salen á relucir, abultados, hechos antiguos, pequeñas faltas, pecadillos veniales, y en la comisión de ellos, cogidos por la red de la pública curiosidad, relucen las plateadas escamas de peces gordos. ¡Figúrense ustedes lo que hará Acero viéndose en tan buena compañía!

DOCTOR LARA.

Dirá: á tierra con todos y vuelva á la mar el que pueda.

DON NARCISO.

¡Un escándalo inacabable! Yo, con meterme en mi casa... por cierto que mi señora está hoy peor que nunca de su neurastenia... pase

usted por allá, Doctor, y mándenos á la montaña.

DOCTOR LARA.

No haré tal cosa. Un prócer como usted ha de sacrificarse, como se sacrificará el ilustre apóstol á quien humildemente pido mil perdones por mis baladronadas de antes.

(Tomándole del brazo.)

GORDILLO.

No necesito alientos: yo vengo á defender la máxima santa del perdón de las injurias.

DOCTOR LARA.

Yo á defender la causa santa de los pequeños.

GORDILLO. (A María que entra por la izquierda.)

¡María, niña loca, ven acá! Permíteme que te diga... ¡Esto no se puede tolerar! Es necesario que tú nos ayudes, por él, por tí, por todos.

MARÍA. (Mientras saluda á los otros.)

Buenos días, padre Gordillo.

GORDILLO.

Déjate de fórmulas vanas y atiende.

MARÍA.

¿Fórmula vana desearle buen día en día tan bueno para mí?

GORDILLO.

¡Día alumbrado por el sol del escándalo!

MARÍA.

¿Pero que le pasa á mi querido apóstol?

DOCTOR LARA.

¡Hoy está imposible! Hasta conmigo riñó.

DON NARCISO.

Abofetea al hablar.

GORDILLO.

Escúchame.

MARÍA.

Tomen asiento. ¿Se trata de una embajada? ¿Les envía Socorro?

DON NARCISO. (Con prontitud.)

Nada de eso. Hemos coincidido en la visita por casualidad y hablábamos del asunto del día.

GORDILLO.

¿Quiénes son esos campesinos que entraron en esta casa?

MARÍA.

Son los acusadores privados en la causa de Vega-honda.

GORDILLO.

¡María, por Dios! ¡Todo mi sueño desvanecido!

DON NARCISO.

¿Lo has pensado bien?

DOCTOR LARA.

Eso es cerrar el porvenir á don Juan.

DON NARCISO.

Piensa que es el primer paso que ese mozo da en su tierra y que puede cerrarle el camino para siempre.

MARÍA.

¿Tanto les interesa la fortuna de Juan?

GORDILLO.

¿Por qué no? ¿Llegas en tu orgullo satánico...?

MARÍA. (Riendo.)

¿Satánico?

GORDILLO.

No rebajo nada. ¿Llegas en tu orgullo satánico á imaginarte que eres la única persona buena, la infalible?

DOCTOR LARA.

Don Juan es uno de los hombres de más talento de este país.

DON NARCISO.

Es la verdad. Es un ejemplar hermosísimo de la raza latina. Nombre, historia, posición, cualidades personales, todo lo tiene.

GORDILLO.

Y además es cristiano, es bueno, su corazón es noble y capaz de entender la sublimidad de ciertos actos...

DOCTOR LARA.

Don Juan llegará á las alturas...

DON NARCISO.

Los viejos le dejamos el hueco... alcaldía, diputación provincial...

DOCTOR LARA.

Será gobernador, diputado...

DON NARCISO.

Subsecretario...

DOCTOR LARA.

Ministro... lo que quiera.

GORDILLO.

Será un bienhechor de su tierra.

(Todos hablan á un tiempo, María ríe.)

MARÍA.

No puedo seguir á ustedes. El vértigo de las alturas se apodera de mí.

DON NARCISO.

No te burles. Piensa en ello seriamente.

MARÍA.

Ya está pensado.

GORDILLO.

¿Tu sobrino será...?

MARÍA.

Juan de Brial.

GORDILLO.

¡Un iluso!

DOCTOR LARA.

¡Un eterno descontento!

DON NARCISO.

¡Un fracasado lamentable!

MARÍA.

¡Un hombre!

GORDILLO.

Pero, ¿cómo se convence á esta cabeza loca?

MARÍA.

Demostrándome que vienen en nombre de una idea pura y noble.

DOCTOR LARA.

Hablamos en nombre de la paz.

DON NARCISO.

En nombre del orden.

GORDILLO.

En nombre del perdón.

MARÍA.

¡Paz, orden, perdón! Primero sería demostrar que todo eso es bueno.

GORDILLO. (Saltando.)

¡Oh, qué blasfemia!

MARÍA.

Y después demostrar que no vienen ustedes influídos por Socorro á pedir el abandono de la acusación privada, es decir, la absolución de un caciquillo que amenaza con el escándalo.

DON NARCISO.

Alto allá. Yo no soy hombre que se preste á tales oficios.

GORDILLO.

¿También nos consideras temerosos de las revelaciones de Acero? Dí que somos criminales.

MARÍA. (Serenamente.)

¿Por qué no?

DON NARCISO.

¡Hola!

DOCTOR LARA.

¡Doña María!

GORDILLO.

¡Gracias, mujer!

(Las voces casi simultáneas.)

MARÍA.

¿Por qué no? Todos ustedes son cómplices por indiferentes, por tímidos, por egoistas...

DON NARCISO.

¡Muchacha!

DOCTOR LARA.

¡Señorita!

GORDILLO.

¿Egoista yo?

MARÍA.

El incidente de Acero es un hecho aislado y sin importancia. Pero puede ser el pretexto de una guerra de exterminio y por eso lo aprovecho.

GORDILLO.

¡Tú no quieres la guerra noble, la guerra santa que pobló el cielo de soldados insignes,

tú sólo pretendes resucitar añejas rencillas, agravios mezquinos y olvidados.

MARÍA. (Sin lograr contenerse.)

¡Olvidados por él, por mí nunca!

GORDILLO. (Triunfalmente.)

¿Lo ven ustedes? ¡Él! Aquí no se lucha por ideas, se lucha por rencores personales.

MARÍA.

Es que luchamos en la tierra, y en la tierra las ideas adquieren personalidad. ¿Qué culpa tengo yo de que la idea del mal tenga las señas personales de Pedro Socorro?

GORDILLO.

¿Y quién eres tú para extender cédula personal á las ideas?

DON NARCISO.

Eso es una injusticia, chiquilla.

DOCTOR LARA.

Usted no le conoce, María.

GORDILLO.

Es un alma grande, un alma cristiana que solicita el perdón de las injurias. ¿Te atreverías á negar la santidad del perdón? Vamos... responde.

MARÍA.

No; el perdón es grande y santo como fin... como medio es infame y canalla.

GORDJLLO. (Furioso.)

¡Una canallada! ¿Crees que yo, que nosotros, somos cómplices ó juguetes de un histrión que toma la máscara del mendigo para implorar la limosna del perdón?

MARÍA.

No; si les conozco á ustedes desde niña, si sé que son personas dignas y honradas. Y sin embargo... es que no podemos entendernos.

Somos muy diferentes. Vivimos en regiones muy distantes.

DOCTOR LARA.

Nosotros en la de hoy. Usted en otra muy remota.

GORDILLO.

En la del ingenioso hidalgo.

DON NARCISO.

No sabes adaptarte al medio.

GORDILLO.

Eres una visionaria incorregible. Labras tu infelicidad y lo que es peor, la ajena.

MARÍA.

¿La ajena? Se equivoca usted, padre, no conoce usted á Juan.

GORDILLO.

¡Mira no te formes ilusiones y venga después la realidad á despertarte á puros golpes!

¿Qué sabes tú de Juan? Le soñaste héroe y quizás sea un hombre como esos que tú desprecias.

MARÍA.

¿Juan como los que me rodean? ¿Juan un Ortiga, un Ríos Morón?...

GORDILLO. (Desolado.)

¡Un padre Gordillo! Dílo de una vez.

MARÍA. (Fríamente.)

Usted se equivoca. Juan es un hombre en toda la hermosa acepción de la palabra.

DON NARCISO. (Levantándose aburrido.)

Pues le condenas á la impotencia.

MARÍA.

Le condeno á la lucha.

DOCTOR LARA.

Lucha estéril. Ninguno ha de seguirle.

MARÍA.

¡Quién sabe!

GORDILLO. (Con vio'ento ademán.)

¡Nadie!

MARÍA.

Yo nunca he de faltarle.

DON NARCISO.

Bueno, mujer, me voy convencido de que eres más dura que la roca y más inflexible que los barrotes de una cárcel.

DOCTOR LARA.

Preveo muchos sinsabores.

GORDILLO.

Yo también me voy... para volver. Soy terco. Te dejamos, ¡oh Don Quijote incomparable! sola y frente á la jaula del león.

DON NARCISO. (Por Venegas que aparece en el fondo.)

Sola, no. La acompaña su fiel escudero.

MARÍA. (Despidiéndose.)

Adiós, padre Gordillo, eterno componedor de agravios. Sepa que á pesar de todo se le quiere. Hasta otra, Doctor, heróico altruista. Dios os guarde, prócer ilustre, cimiento del orden social.

DON NARCISO. (Riendo.)

Bien, lo que tú quieras. Todo te lo perdona tu viejo pariente. ¡Si vieras, chiquilla, qué hermosa te pones diciendo esas cosas feas!

GORDILLO.

¡Eso es, ríale usted la gracia! Sólo eso faltaba después de la burla que nos ha hecho. Nos hemos lucido. (Tomando del brazo á sus dos compañeros.) Consecuencias de esta alianza nefasta.

DOCTOR LARA.

Apóyese usted en mí.

(Salen riendo.)

MARÍA. (A Venegas.)

¿Y Juan?

VENEGAS.

Esperaba para entrar á que estos saliesen. Ha sido un verdadero asedio.

MARÍA.

El otro les enviaba. ¿Dónde están esos muchachos?

VENEGAS.

En el saloncito. Tuve que encerrarlos allí para librarles de Ortiguilla. Yo te los traeré. Guárdate de ellos: son almas obscuras con dos solos sentimientos, la codicia y la desconfianza.

MARÍA.

Les conquistaremos. ¿Verdad, Juan, que les conquistaremos?

(Venegas sale, mientras Juan y Canabuey entran por la izquierda.)

CANABUEY.

¡Eso, á la conquista, á la batalla! ¡Noble Minerva, *menea fulminante el hierro insano!*

JUAN.

¿A quién hemos de conquistar?

MARÍA.

A los de Vega-honda. Han llegado y hasta aquí les trae Venegas.

JUAN.

¿Los sobrinos de Moreno?

MARÍA.

Las víctimas, sí. Dos tipos interesantes. ¿Les recibirás?

JUAN.

Enseguida. (Bajo á Canabuey.) Esperas en la antesala, y en cuanto llegue el criado recoges la carta y me la entregas. Inútil encargarte sigilo.

CANABUEY.

Cuenta con tu secretario.

(Sale.—Por el fondo aparecen los de Vega-honda.)

(Los dos campesinos, el macho y la hembra, son de edad mediana, de actitud recelosa, ademanes y expresión torpes.)

MARÍA.

Adelante, amigos míos, adelante. (Ellos avanzan tímidamente, mirando de reojo.) Adentro. Este señor es el abogado: don Juan de Brial, el hijo del marqués de Valsendero. Ustedes le conocen de oidas, ¿verdad? (Los campesinos asienten con la cabeza.) A él han de contarle ustedes todo, como si fuera el confesor. Siéntense. (Los campesinos se sientan en el borde de la silla, frente á la mesa pero á bastante distancia. Juan en el sillón, de espaldas á la ventana; María en pie entre los dos grupos. Momento de silencio.) Juan, interrógales, porque si no me temo que no hablen. (En voz baja.)

JUAN.

¿Son ustedes los sobrinos del muerto? (Contestan con movimiento afirmativo.) ¿Cómo se llaman?

MIGUEL. (Con voz opaca, gesto receloso.)

Esta Tomasa Moreno.

TOMASA.

Y éste Miguel Moreno.

JUAN.

Bien. Pues es preciso que me digan todo cuanto sepan acerca de la muerte de su tío.

(Silencio. Los campesinos se consultan con la mirada.)

MARÍA.

Sin temor. Al abogado debe decírsele todo... como al confesor.

(Miguel se rasca la cabeza.)

TOMASA. (Mientras se estira las enaguas.)

Mire, señora. Yo y este somos venidos asunto de la muerte del viejo...

(Se detiene.)

MARÍA. (Sin poder contenerse, apoyados los codos sobre la mesa.)

Ya lo suponemos. Hablen con toda claridad. Este caballero no es el juez ni el alcalde. Es el abogado que ha de defenderles.

TOMASA.

Conformes. Pero su mercé comprenda que no podemos jablar sin antes jacer el trato.

JUAN. (Con extrañeza.)

¿El trato?

TOMASA.

Claro está... el trato. El caballero tiene que respondernos de que no ha de pasarnos náa malo por custión de la denuncia.

MIGUEL.

Eso. Eso mesmo.

JUAN. (Con repugnancia, en voz baja.)

¿Has oído, María?

MARÍA.

¿Y eso te sorprende? Son pobres gentes, ignorantes como sus vacas, como los perros que guardan sus ganados. (A ellos, animándoles.) Nada, amigos míos; el señor les promete que no ha de pasarles nada malo.

TOMASA.

¿Y lo pondrá en un papel?

MARÍA. (Sonriendo con esfuerzo,)

Sí, mujer, en un papel. En todos los papeles que ustedes quieran.

(Los dos hermanos se miran visiblemente tranquilizados.)

JUAN. (Sin conseguir dominar su repugnancia.)

Adelante, pues. Díganme ustedes lo que sepan de la muerte de don Juan del Cristo,

MIGUEL.

Espere un poco su mercé. Antes quisiéramos saber...

TOMASA.

Pues, quisiéramos saber... lo que nos va á cobrar...

MIGUEL.

El trato, el trato.

MARÍA. (A Juan cuyo desaliento aumenta.)

No les hagas caso. Piensa que todos somos responsables de su desconfianza salvaje, de la triste obscuridad de sus almas. (A ellos, risueña y valiente.) ¿Que cuanto cobrará el abogado? Nada, amigos míos, ni un céntimo. Si ustedes quieren también se les dará un papel de esto.

MIGUEL.

No estaría de por demás.

TOMASA.

Naturalmente, si el señorito nos pone la cosa en claro, nosotros tendríamos con él una atención.

MARÍA. (Sobre ascuas.)

Adelante, adelante.

MIGUEL.

Hoy semos probes, muy probes...

TOMASA.

Este tiene once hijos...

MIGUEL.

Y á esta el temporal del año pasado le comió un cacho de tierra.

JUAN. (Impaciente.)

Bueno, bueno.

TOMASA.

Nosotros nos hemos metido en esto por mor de la gran necesidá.

MIGUEL.

Porque en el pueblo toos nos dicen que si llegamos á dar la denuncia, don Manuel el Acero nos mandará á arrastrar una cadena en el presillo.

TOMASA.

¿Será ansina, señor?

MARÍA. (Indignada.)

No seáis estúpidos. El que irá á arrastrar una cadena en un presidio será él, el cacique odioso que os trata peor que á las bestias, el que hace tantos años os tiraniza y os explota como á un rebaño miserable.

MIGUEL.

La señora jabla bien.

TOMASA.

¡Si su mercé me lo jiciera bueno!

JUAN. (Dando de lado á unos papeles.)

A ver, acabemos pronto. ¿Están ustedes determinados?

MIGUEL.

Si no ha de pasarnos náa malo...

TOMASA.

Si su mercé se conforma con un regalito...

MARÍA.

¿Pero no han oído que eso está ya arreglado?

MIGUEL.

Conforme, conforme, no se amoleste su mercé.

JUAN.

¿Hablarán ustedes de una vez? Si no se deciden, retírense y no nos hagan perder el tiempo.

(Levantándose.)

TOMASA. (Bajo.)

Habla tú, Miguel.

MIGUEL.

No, tú que eres más explicada.

TOMASA. (Decidiéndose. Juan se sienta.)

Pues señor, lo que yo pueo decirle á su mercé es que el viejo salió de su casa tal como hoy por la noche tan bueno y tan campante como yo y su mercé, y que, tal como mañana al albita, le jallaron sobre las piedras del barranco con el celebro partío. Veliahi.

JUAN.

¿Y adónde iba esa noche cuándo salió de su casa?

MIGUEL.

¿Quién pué saber la intención de nenguno?

JUAN.

Pues iba á visitar á una mujer casada cuyo marido está en América hace años, llamada María de la Luz.

MIGUEL.

También puée ser.

JUAN.

El viejo era muy enamorado...

TOMASA (Riendo con malicia.)

Ansina es, señor.

JUAN.

...y en el camino, que es peligroso, al llegar al sitio llamado «el salto del Inglés», un precipicio horroroso, el viejo, que no llevaba farol, resbaló y cayó al fondo de la barranca rompiéndose el cráneo.

(Los dos campesinos se miran estupefactos.)

MIGUEL. (Indignado.)

¡Cá, no señor! Así no fué. Eso es lo que cuentan los Aceros.

TOMASA. (Levantándose.)

¡Mentira, señor, mentira! No les crea...

MARÍA. (Triunfante.)

¿Pues qué sucedió? Cuenten, cuenten cómo fué la muerte del pobre viejo.

(Los dos campesinos se transfiguran anhelosos de convencer al abogado. Se levantan, se acercan á la mesa, la asaltan manoteando sobre los papeles.)

TOMASA.

Señorita... se murió porque lo mataron. ¡Como hay Dios en el cielo!

MIGUEL.

Le sacaron de su casa con engaño, haciéndole creer que la María de la Luz le abriría la puerta.

TOMASA.

Estaba poseído del Espíritu malino. ¡Un hombre viejo!

MIGUEL.

Y á una vuelta del camino, donde llaman el salto del Inglés, le acechaban los Aceros...

el viejo y los dos mozos... con las caras tiznadas de carbón...

TOMASA.

Y le echaron á la cara un puñado de cal...

MIGUEL.

Y le dejaron ciego...

MARÍA.

¡Qué horrible!

MIGUEL.

Y aluego lo tumbaron y le machacaron el celebro con un martillo...

TOMASA.

Y lo tiraron al fondo del barranco por el precipicio...

MIGUEL.

Y allí apareció al esotro día...

TOMASA.

¡Muerto sin confesión!

MIGUEL.

Eso es.

(Hay un momento de silencio.)

JUAN.

¿Y el testamento? ¿Dicen que don Juan del Cristo dejó un testamento ante testigos nombrando heredero universal á Manuel Acero?

MIGUEL. (Ya no recela, manotea furioso defendiendo lo suyo.)

¡Farso, señor, farso!

TOMASA. (Golpeando sobre la mesa.)

¡Farso de toa farseá!

MIGUEL.

Lo escrebió...

TOMASA.

¡Farso!

MIGUEL.

Déjame jablar.... Lo escrebió el secretario.

TOMASA.

Lo firmaron cinco bandidos.

MIGUEL.

¡Pos si por eso lo mataron!

TOMASA.

¡Eso... pa robarnos los bienes!

MIGUEL.

¡A mí, que tengo once hijos!

TOMASA.

¡A mí, arruinada por el temporal!

MIGUEL.

¡A la cárcel los ladrones!

TOMASA.

¡Al palo los asesinos!

MARÍA.

No tengáis cuidado. Nos harán justicia. Id tranquilos.

MIGUEL.

¡Hum! Tóo el pueblo es de don Manuel... el secretario, el alcalde, el maestro...

TOMASA.

¿Podrá su mercé más que ellos?

MARÍA.

Más que todos.

MIGUEL.

¿Más que... (en voz baja) el de aquí... el amo de tóos, el que manda en el Gobierno de Madrí?

MARÍA.

La Justicia es nuestra. Vamos en buena compañía.

JUAN.

Yo les escribiré cuando llegue el momento.

MIGUEL.

¿Escrebir? No se le ocurra al señor. El cartero le daría los papeles á don Manuel...

MARÍA.

Bueno. Un aviso con persona de confianza.

MIGUEL.

Está bien. Señora y caballero, hasta más ver.

TOMASA.

Que haya mucha salú... (Volviéndose.) No olvidarse del papelito... sin eso no hay nada.

MIGUEL.

El trato es trato.

MARÍA.

Entendido, entendido. Vayan con Dios.

(Los campesinos salen. Tía y sobrino se miran largo tiempo en silencio.)

JUAN.

¿Qué te parece la realidad, oh amada tía, reina de las abstracciones y emperatriz de los ensueños? Ahí la tienes, la causa de la verdad y de la justicia, encarnada en las dos víctimas, tan viles como los asesinos y los falsarios, tal vez más antipáticas por ser menos dinámicas.

MARÍA.

Mejor que yo sabes que la limosna se debe al pobre, simpático ó repulsivo. ¿No se deberá en las mismas condiciones la Justicia?

JUAN.

¡La Justicia!

MARÍA.

Y además, el crímen de Vega-honda es una ocasión. Nunca soñé que tan pronto se presentara. Por antipáticos que sean los protagonistas, el drama puede producir el despertar del pueblo y poner en tus manos la

conciencia pública. ¿Tú solo contra todos? Mejor. El triunfo será más grande.

JUAN.

¡Ilusiones, María! ¿Sabes de quién será el triunfo y la verdad legal y la herencia del indiano? De los Aceros, María. En el mundo siempre triunfan los Aceros.

MARÍA.

También nosotros somos aceros.

JUAN. (Con tristeza.)

¡Hermosa alma la tuya!

MARÍA.

¿Y la tuya? Hermana de la mía.

JUAN.

Hemos de hablar, escúchame.

CANABUEY. (En la puerta.)

¡Juan! (Voz misteriosa.)

JUAN. (Corriendo á él.)

¿Ha llegado ese hombre?

CANABUEY. (Voz solemne.)

El señor don Pedro Socorro.

LOS DOS BRIALES.

¿Socorro?

(Se miran en silencio.)

JUAN. (Turbado.)

¿El aquí?

MARÍA.

Serénate. Este paso atrevido es digno de él y tú solo puedes salirle al encuentro. Tú solo. La presencia de una mujer sería ridícula. Por eso te dejo.

JUAN.

Espera... Yo quiero que sepas antes de que entre ese hombre...

MARÍA.

No hay tiempo... más tarde... Serénate y... defiéndonos. Yo siempre estoy contigo.

(Sale por la izquierda.)

(Juan permanece un momento indeciso, después va al fondo en el punto en que entra Socorro. Ambos se estrechan la mano en silencio.)

JUAN.

Pase usted y siéntese, don Pedro.

SOCORRO.

Por poco tiempo. Ni usted ni yo podemos perderlo. Gracias. (Sentándose á la izquierda.) ...Y aquí me tiene usted perplejo y algo conmovido, buscando palabras para explicar un asunto cual ninguno otro sencillo y desprovisto de complicaciones. Pero... ¿qué quiere usted, amigo mío?... el viejo Socorro se ha conquistado una mala reputación y si alguien nos escuchase...

(Se detiene.)

JUAN.

Estamos solos.

SOCORRO.

Si alguien nos escuchase creería que intento un ataque á su conciencia... No hay tal cosa. Entre otras razones porque sería una insigne torpeza. Y yo no mereceré la fama que me han dado, pero no soy torpe.

JUAN.

Creo adivinar lo que usted va á decirme. Mi respuesta será clara y franca.

SOCORRO.

Mejor. En mí tiene usted también un devoto apasionado de la franqueza. Vengo á tratar con usted asuntos de su profesión.

JUAN. (Sin lograr ocultar su sorpresa.)

¿De mi profesión?

SOCORRO. (Recobrando su aplomo.)

Eso es... ¿Se imaginaba usted otra cosa?

JUAN. (Retrocediendo.)

En efecto... pero, no importa. Espero que usted se explique.

SOCORRO.

Mi hombre de confianza, nuestro ilustre amigo el abogado don Severiano, me abandona enamorado del repōso. Hace bien. Los viejos como él y como yo á la paz del descanso, á la inercia de los jubilados. ¡Paso á los jóvenes! Por eso y de acuerdo con él vengo á pedirle el favor de que dirija usted mis negocios. (Una pausa que á ambos parece eterna.) Ya comprendo que mi clientela no le halaga... pero de seguro comprenderá que hay mucha distancia de intentar un ataque á su independencia á solicitar como una honra que defienda mis intereses privados. Ruego á usted que se fije en este aspecto de mi proposición.

JUAN. (Vagamente.)

En todo caso es prueba de confianza que agradezco.

SOCORRO.

Eso sí. Por lo demás no sabe usted la calamidad que le toca en suerte, si acepta. Vea usted en mí al eterno litigante. Litigar es mi único vicio. ¡Oh! Yo he de darle muchas jaquecas... y mis amigos también, porque, es natural... quien me ama me sigue... y mis amigos me aman... ó me siguen, que es lo mismo. (Riendo.) Usted será el heredero universal de don Severiano.

JUAN.

¿El heredero? Vea usted qué coincidencia, señor don Pedro: hace poco hablábamos aquí, en este salón, de herederos, de testamentos...

SOCORRO.

De testamentos falsos. ¡El crimen de Vegahonda! La influencia que mis enemigos me suponen sobre las gentes de Justicia, me obliga á medir mis palabras; pero, francamente, y aquí entre los dos, me parece que ninguna

persona de talento, ningún hombre de gusto, puede apasionarse por ese folletín monstruoso.

JUAN.

¿Niega usted el crímen?

SOCORRO.

No... Si yo no entiendo de eso. Yo hablo sencillamente como aficionado al drama judicial. Y en este sentido, actores y víctimas me parecen por igual innobles criaturas que no logran interesar al lector de gusto depurado.

JUAN.

Desgraciadamente no se trata de una novela.

SOCORRO.

No; se trata de la realidad. Pero ¿quién nos asegura que es como la cuentan? (Con grandes gestos de protesta.) ¡No... si vuelvo á asegurar que yo no entiendo de eso!... Pero conozco á los protagonistas: un viejo reblandecido que

sale de su casa para correr una aventura y que recibe en el cráneo un martillazo, ó una pedrada... ó no sé qué. ¡Vaya usted á averiguar qué hermano, ó qué marido, ó qué padre se tomó la justicia por su mano!

JUAN.

Explicación verosímil... como lo sería un accidente casual...

SOCORRO.

¡Eso es!

JUAN.

...si no existiera el testamento falso.

SOCORRO. (Con calor.)

¿Y por qué falso? Acero y el viejo eran amigos íntimos. Me consta. Vivían juntos. ¿Qué cosa más natural que el indiano, sin herederos forzozos y trabajado mañosamente por el Acero, quisiera legarle toda su fortuna? No toda... hay algunos legados para unos parientes pobres.

JUAN.

¿Para sus parientes pobres?

SOCORRO.

Sí, lo he oído contar. ¿No lo sabía usted? Quizás esto modifique la resolución de esas pobres bestias.

JUAN.

Tal vez usted no sepa que me encargaron de la acusación privada en esa causa. Quizás esta novedad modifique los propósitos que le traen á esta casa.

SOCORRO.

¿Y por qué? El abogado se debe á todo el mundo y yo no pretendo acapararle. (Después de vacilar.) ¿O es que usted da crédito á las calumnias de nuestro Zola regional, el gran Ortiga? (Con sincero desprecio.) ¿Qué me importa «El Acusador»? Si yo quiero (con gran dureza) mañana dejará de publicarse. (Su palabra se hace perezosa, su voz adquiere inflexiones de tristeza, el histrión dice y domina su papel.) No; no

es esa la causa de la frialdad con que usted me recibe. Sí; lo comprendo... lo comprendo... (Sus ojos van al retrato del Marqués.) ¡Ah, la vieja historia, cómo pesa... cómo pesa! ¡Dichosos ustedes, los jóvenes, que aun no tienen historia!

JUAN.

¡Por Dios!, no hablemos de eso...

SOCORRO. (Bruscamente.)

Al contrario, hablemos. Yo quería dejarlo para más adelante, para cuando nos conociéramos y estimásemos; pero se presenta la ocasión y la aprovecho. (Con perfecto é irresistible acento de sinceridad.) Juan, es preciso que nos expliquemos francamente. Va usted á oir lo que nunca nadie oyó de mis labios... la confesión de mi única culpa para con ese, ese que nos mira desde lo alto...

JUAN. (Un resto de delicadeza nativa le hace repugnar la lucha en aquel terreno sagrado.)

¡Basta!... otro día...

SOCORRO.

No; ahora. (En voz baja.) ¡Yo no debí acusarle! Fué un momento de ofuscación, de ceguera... algo influyó el desleal consejo de un amigo... todo me empujaba, hasta este maldito vicio, el afán miserable de ganar los litigios... Nada de eso me disculpa. El marqués era un caballero. ¡Lo declaro aquí, en presencia de su hijo y lo proclamaré en todas partes!

JUAN. (Respondiendo á su pensamiento.)

Nunca creerán en nuestra sinceridad.

SOCORRO.

¿Qué importa si usted cree y yo creo? No conoce usted bien á esas gentes, no las desprecia bastante cuando en tanto tiene su opinión. Esto es más íntimo y más puro de lo que usted imagina. No busca ni se satisface con fórmulas exteriores. Requiere y pide una ceremonia interna sin pompa, llena de magestad y grandeza, por la cual el perdón del hijo inunde como la luz mi conciencia dolorida.

Eso solo quiero y eso solo pido. (Momento de silencio.) Y aquí tiene usted al gran Socorro, al que todos motejan de egoista y soberbio, casi arrodillado ante un joven que ahora empieza á vivir y tendiendo como un mendigo su mano para implorar la divina limosna del perdón y de la amistad.

JUAN.

Todo eso es un sueño...

SOCORRO. (Deteniéndole.)

¿Por qué? ¿Seremos más inflexibles que Dios?

JUAN (Levantándose bruscamente. Piensa en María y sus ojos van á la puerta.)

¡Nunca *creerá* en nuestra sinceridad!

SOCORRO.

¡Ah!... ahora entiendo. Piensa usted en María. Ese es el obstáculo: una gran mujer digna de otros tiempos, funesta en los actuales reñidos con todas las intransigencias... Ahora entiendo.

JUAN.

Nunca lo creerá... nunca.

SOCORRO. (Levantándose y siguiéndole.)

Acaso la desconfianza está en su pensamiento de usted. Tanto han repetido que Socorro es un histrión que mis palabras no logran convencerle. Y sin embargo está usted, quizás por vez primera en su vida, en presencia de un gran dolor.

JUAN.

¡Ah, perdóneme usted!

SOCORRO.

¿Perdonarle yo?

JUAN.

Sí; porque en este momento sólo pienso en mí, en mi orgullo, en si me aplaudirán ó me silbarán los espectadores que esperan de mí el gesto trágico de las venganzas y á los cuales sólo puedo ofrecer el otro de impotencia y

cansancio que quiebra los brazos. Es una triste verdad, don Pedro: el sentimiento de la vieja injuria no vive en mí. Mi perdón no tiene gran mérito.

SOCORRO. (Con un movimiento de alegría que reprime en seguida.)

¡Mi esperanza se realiza! Es usted como le había soñado: grande y generoso. ¡Oh, si le conozco á usted!... Sin usted saberlo, sin nadie saberlo, le he seguido, le he estudiado como quien estudia un libro hermoso, y le aseguro que pertenece al número de los elegidos, de los predestinados al triunfo. ¿Qué le faltaba? ¿Un pedestal para elevarse? Aquí está mi cuerpo, el cuerpo del viejo gladiador sobre el cual apoyará su planta. ¡Oh, con un pedestal como Socorro, Juan de Brial puede tender sus manos á las estrellas!

JUAN.

Todo eso es el sueño de un alma atormen-

tada... Nunca aceptaré ese sacrificio. Mi perdón lo doy de balde como mi amistad.

SOCORRO. (Dándole las manos; las narices dilatadas, los ojos resplandecientes por la visión del triunfo.)

No; es necesario que todos nos crean y para eso es preciso que me contemplen vencido. No intente usted disuadirme. Ella nos creerá y quedará su orgullo satisfecho... ¡Y usted será rey!

JUAN.

¿Rey yo?

SOCORRO. (Transfigurado por la visión que evoca.)

Rey de almas, rey de voluntades. ¡Ah, usted no conoce aún la voluptuosidad inmensa del pavés, nunca ha contemplado el espectáculo embriagador de un océano de cabezas inclinadas!... Ese será su reino. Ni una palabra más... (Estrechándole la mano.) Gracias, adiós. Pronto nos volveremos á ver... quiero que me

conozca y me ame. ¿Nadie nos ha visto?... Es que debo haber estado ridículo con mis chocheces... casi he llorado.

JUAN.

No diga usted esas cosas...

SOCORRO.

¡Ah, sí! Alguien nos vió... ¡él!... (Por el retrato.) Mejor, mejor.

JUAN. (Deteniéndole cerca de la puerta.)

¡Gracias!... nos veremos... yo también he de confiarle algo... algo que pensé fuera el objeto de su visita.

SOCORRO. (Retrocediendo.)

¿Por qué retardar ese momento? (Nunca Socorro llegó á tal grandeza histriónica. Juan resulta muy pequeño.) El que se ha atrevido á afrontar el ridículo como expiación, bien puede agotarlo por amor á su hija. Sé lo que usted ha de decirme...

JUAN. (Retrocediendo.)

¡Ah!

SOCORRO. (Sacando una carta del bolsillo.)

Aquí está la contestación. Yo no la conozco.

JUAN. (Sin lograr reponerse.)

¡Ah!

SOCORRO.

La entrego ante su padre de usted. Buen testigo.

JUAN.

¿Pero usted sabía?

SOCORRO.

Yo entraba en esta casa. Ví en el patio á uno de mis criados, el de más confianza, que se sobrecogía á mi vista pretendiendo ocultarse... y... perdóneme usted... pensé que era un espía. El pobre hombre se rindió entregándome esa carta para demostrarme su inocencia... conocí la letra de mi hija... y temblé, temblé pensan-

do que usted se vengaba de mí en ella, que me la robaba...

JUAN.

¡Oh, señor! ¿cómo pudo usted pensar?...

SOCORRO. (Sonriendo.)

Es que no me olvido de que soy malo. Las viejas tretas de Socorro resucitan... Y pensé que si usted no perdonaba era necesario defender á mi hija.

JUAN.

¿Y ahora?

SOCORRO.

Seremos dos para defenderla.

(Sale.)

(Juan queda silencioso... va hasta la mesa... lee la carta y la guarda lentamente... después permanece apoyado de espaldas en la mesa, pensativo, atusándose la barba. Por último dice:)

JUAN.

Ese hombre me ha comprado. (María por la izquierda.) ¡María!

María.

Aquí estoy. Al fin tendrás que arrojarme de tu lado. (Sentándose impaciente por las nuevas; los codos sobre las rodillas) Cuéntame. ¿Le rechazaste como yo á sus precursores? Por la ventana le ví cuando atravesaba el patio y me pareció empequeñecido repentinamente. Cuenta, hombre, cuenta. ¿No ves que la curiosidad me consume? ¿A qué venía?

Juan.

Venía á ofrecerme su clientela...

María.

¿Su...? (Queda con la boca abierta.)

Juan.

...la dirección de sus negocios... (María en la misma actitud de profundo asombro.) Parece que don Severiano se retira... (De pronto María rompe en una sonora carcajada que se prolonga por largo rato, mientras Juan no puede reprimir una crispación de despecho.) ¿Te ríes?

MARÍA. (Interrumpiendo la risa bruscamente y mirándole fija.)

¿Pero tú lograste contener la risa?

JUAN.

No hay que tomar de ese modo las cosas serias.

MARÍA. (Deteniéndose cuando iba á reir de nuevo.)

Juan, vuelve en tí. ¿*Tú* (acentuando el *tú* con intensa energía.) servidor de Pedro Socorro?

JUAN. (Mortificado.)

¿Servidor dices?

MARÍA.

Bueno. Busquemos otra palabra menos dura, busquemos... ¡ayúdame, hombre! No la encontraremos. ¿Tú el hombre de confianza de Socorro, el sucesor de don Severiano que le dirigió al realizar la ruina y la deshonra de tu padre? ¿Tú pagado por él? ¡Pagado! ¡Pagado para defenderle! ¿Pero ese hombre no tiene ni

respeto, ni freno, ni siquiera lógica? Porque él sabe que nosotros somos sus enemigos y... ¿cómo podrías defenderle contra tí, contra mí misma?

JUAN.

No era ocasión de entrar en detalles.

(Toda su atención se concentra en doblar y desdoblar un periódico.)

MARÍA. (Suspensa.)

¿Detalles? ¡Pobre Juan, cómo se ve que tu pensamiento, como el escudo inmaculado de un caballero que hace sus primeras armas, no está hecho á las emboscadas del camino! Tomas por nobles campeones á los salteadores que te salen al paso. Ese hombre vino á comprarte.

JUAN.

¿A comprarme?

MARÍA.

A desarmarte por la gratitud. Es un saltea-

dor de conciencias y se fingió mendigo. ¡Le veo y le oigo! ¡Le adivino! Tendió la mano pidiendo como una limosna tus servicios, tal vez el perdón de la injuria. Quizás se arrodilló ante tí ofreciendo á tu venganza la respetabilidad de sus cabellos blancos y la inocencia de los cabellos rubios de su hija...

JUAN.

¡María!

MARÍA.

Me equivocaba. No es un guerrero, no es un salteador, no es un mendigo. ¡Ese hombre es un histrión!

(Muy agitada.)

JUAN.

Antes reías, ahora te encolerizas. Así no es posible hablar.

MARÍA.

Hago lo que tú hiciste sin duda. Cuando no

le despediste á carcajadas es que le arrojaste á golpes.

JUAN.

Pliega las alas de tu alma, tan grandes que no caben en el horizonte de nuestra época. Ven á la realidad y entiéndeme.

MARÍA.

Vamos á ella. Yo no temo á la realidad. La conozco y la adoro.

JUAN.

Pues si la conoces entenderás por qué no he rechazado en absoluto las ofertas de ese hombre, porque yo también me he revestido con la túnica del histrión.

MARÍA.

¿Tú un histrión?

JUAN.

Lo dijiste ó lo pensaste y si no lo digo yo.

MARÍA.

¿Yo pensarlo? ¿Entonces qué sería de mí? (Larga pausa.) Ven acá, siéntate, reposa antes de hablar. No he tenido compasión de tus nervios. Olvidémonos de todo por un momento para no pensar sino en nosotros mismos. ¿Te acuerdas de aquella tarde, al día siguiente de tu llegada á la tierra? Nos refugiamos en Molino de Viento, el único rincón del mundo salvado de la catástrofe, que aún podía hablarnos de tu infancia y la mía. Estábamos en el balcón y á nuestros pies se ahondaba el valle de Valsendero, sonriente en aquella hora divina del crepúsculo, con la sonrisa melancólica de un paraíso perdido. Las aspas del molino se movían vertiginosamente sobre nuestras cabezas empujadas por la brisa fresca y libre... y allí, en el balcón, dominando el espacio, hablábamos de tí, mi única esperanza, único objeto de mi vida. ¿Te acuerdas?

JUAN.

Me acuerdo.

María.

¡Qué sueño el mío! Te veía desdeñoso del llano, del camino ancho, cómodo, propicio al rodar de los carros triunfales... te veía subir por el otro, por la cuesta árida y fatigosa, senda de los fuertes por donde se llega á las alturas en que el sol brilla, el aire sopla libremente y se siente más próxima la serenidad inmensa de los cielos. Te veía trepando hacia la cumbre con el esfuerzo viril de tus miembros, cada vez más alto, hasta llegar arriba y recibir en tu frente la luz del sol, el beso de la brisa, sol de justicia, brisa de libertad.

Juan.

¡Despierta, alma generosa, alma de ensueño! ¡Abre los ojos y mírame! Yo soy uno de tantos, ni peor ni mejor que los demás de mi época, un resignado al histrionismo ambiente por miedo á la lucha y al dolor. Ya ves si me conozco, si tengo conciencia de mi enfermedad, y aunque pudiera vencerla no la venzo y

aunque debiera odiarla estoy resuelto á vivir por ella y con ella.

MARÍA.

¡Calumnias, calumnias!

JUAN.

Escúchame: es necesario que me conozcas para que mañana no me desprecies. Yo no he respondido á ese hombre arrojándole de esta casa, porque esta casa no es mi casa.

MARÍA.

¿Qué dices?

JUAN.

Porque nada poseo, porque necesito ganar mi vida y ese hombre me ha ofrecido trabajo.

MARÍA.

¿Pero qué dices?

JUAN.

La verdad cruel. Yo no quiero... yo no pue-

do soportar por más tiempo esta situación que trueca los deberes de nuestro sexo y hace venir de tí la dádiva espléndida de la protección llevada hasta las necesidades más prosáicas de la vida.

MARÍA.

¿Y es eso... eso nada más?

JUAN.

Eso y mucho más: todo el pasado. Tú, una mujer, la más hermosa y noble de todas las mujeres, renunciaste á cuanto tenías derecho para convertirte en madre mía. Tú, con una fortuna modesta pero suficiente á tu existencia tranquila, pasaste las noches trazando cifras, recortando tus gastos para poder darme una carrera y sostener en Madrid le carga de nuestro apellido. Renunciaste á la juventud...

(Excitándose por grados.)

MARÍA. (Transfigurándose.)

¿Estás seguro?

JUAN.

Renunciaste á tu posición...

MARÍA.

¿Estás seguro?

JUAN.

Renunciaste al amor...

MARÍA.

¿Estás seguro?

JUAN.

Renunciaste á todo por mí. Y es hora de que esto concluya, de que yo trabaje, de que yo pueda tenderte la mano... no para pagarte... lo que tú hiciste conmigo no se paga... sino para estrechar la tuya y decirte: «gracias, hermana.»

(El histrión llega á conmoverse con su palabrería.)

MARÍA.

¿Y es eso todo? ¿Todo?

JUAN.

¿Pero no te parece bastante ó no me has entendido?

MARÍA. (Sonriendo.)

¡Bah!

JUAN. (Descargando el golpe que trae reservado.)

¿No sabes que por ahí circulan rumores infames... que ya nos señalan con el dedo, á mí como una especie de rey consorte, holgazán y despreciable, á tí como...?

MARÍA. (Con voz serena de virgen fuerte.)

Como tu querida. (El otro hace un movmiento que finge desesperación y se deja caer en una silla junto á la mesa, hundiendo la cabeza entre las manos. María se acerca lentamente á él.) Pues bien, nos separaremos. Pero no serás tú quien salga de esta casa. Seré yo.

JUAN. (Vendiendo generosidad.)

Eso nunca. ¿Otro sacrificio? ¿Piensas que lo aceptaría? ¿Otro ensueño?

MARÍA.

¿Ensueño? No, hijo mío, no. La realidad hermosa que antes invocabas y que por mis

manos llama á tu puerta. Escúchame, Juan: es este un momento único, el momento de nuestra existencia. Yo creo que hemos vivido para llegar á esta hora, para vivir este instante solemne en que nuestras almas deben entenderse, en que mi pensamiento, como una saeta, se clava en el tuyo conservando y comunicándole la vibración del arco con que yo la lancé.

JUAN.

¡No sigas! ¡Ni una palabra más!

MARÍA.

¡Oh, no cierres tu puerta! Si la cerraras la echaría abajo con mis manos. ¡A golpes... á hachazos! Y así entraría hasta llegar á la presencia de tu alma y depositaría ante ella no el dinero maldito de los Socorros, sino la hacienda que logré salvar del naufragio de nuestra familia, la casa de nuestros abuelos, las montañas de Molino de Viento, las joyas de mi corona de virgen fuerte que fundiremos para fabricar el yelmo que ha de hacerte invencible.

JUAN.

¡Delirios! ¡Lo imposible!

MARÍA.

Así será. Todavía no sé en qué forma que ponga á salvo tu orgullo de hombre... pero lo haré. Cuanto tenemos será tuyo.

JUAN.

¡Nunca, nunca!

MARÍA.

Será. Y entonces á tí te corresponderá protegerme... (sonriendo) ampararme. De tí, del hombre vendrá la protección...

JUAN.

¡Locura!

MARÍA.

Es lo irrevocable. (Abriendo las manos.) Te doy cuanto tengo. Y ahora con las manos vacías me voy á Molino de Viento... si tú, su dueño, lo permites...

JUAN.

¿Es que te burlas?

MARÍA.

No me despido. Yo siempre estoy contigo.

(Hay una vacilación en las palabras de la dama; le da vueltas á una idea que no se atreve á lanzar.)

JUAN.

Espera. Esto no puede quedar así.

MARÍA. (Decidiéndose ya en la puerta. Es un momento psicológico que sólo puede exteriorizarse en un gesto de excelsa belleza.)

¡Ah! ¡Y decía que me marchaba con las manos vacías! Me llevaba algo que también te pertenece, y debo entregarte...

JUAN.

¿Más aún?

MARÍA.

Sí. Me llevaba el alma. Tómala. ¡Es tuya!

(La dama huye y Juan lanza un grito que por esta vez no es fingido, de asombro, de dolor, de anonadamiento.)

III

En Molino de Viento. A la izquierda y en el plano del escenario un gran balcón ó galería de antigua forma, con techo sostenido por columnas de madera. A la derecha, las copas de los árboles que crecen al pie del balcón. En el fondo, el valle de Valsendero, del cual sólo se divisa la parte más alta. La casa queda á la izquierda y comunica con el balcón por puertas de cristales.

María y el Capitán Venegas.

MARÍA.

Siga usted, amigo Venegas.

VENEGAS.

El pretexto para la fiesta ha sido un verdadero hallazgo que ni llovido del cielo. A ese hombre todo le favorece. Necesita un pretexto y se lo da el calendario: el día de San Isidoro, la fiesta onomástica de su hija, como diría cualquier Ortiga picona ó lechuga inocente de los huertos literarios. A nadie puede extrañar que Pedro Socorro reuna á sus amigos con

tan *plausible motivo* en su quinta de Valsendero.

MARÍA.

A nadie.,. (Mirando al campo con unos gemelos.) ¿Y qué más?

VENEGAS.

Nada más que importe. Ahí están, como quien dice, á nuestras plantas, pues tu casa de Molino de Viento domina la finca de Valsendero.

MARÍA.

La domina porque está sobre el monte... nada más que por eso.

VENEGAS.

Por eso y porque es tuya. ¿Necesitas subir á la montaña para estar más cerca de los cielos que Pedro Socorro?

MARÍA. (Dejando los gemelos.)

¿De modo que el verdadero motivo de esa

fiesta es la compra de la absolución de los Aceros?

VENEGAS.

Eso. El asunto tiene más importancia de la que al principio se creía. Acero no es un criminal ordinario cuyo delito bastaría á aislarle del resto de la humanidad. Es un miembro esencial del gran monstruo y su ruina produciría un desequilibrio enorme, la muerte quizás de todo el organismo. Por eso Socorro no puede abandonarle. Figúrate que en el pantano de aguas dormidas de nuestra sociedad se desgajara de pronto una montaña. ¡Qué ola se levantaría, qué oscilaciones en su nivel, y qué peligro para los habitantes que tienen sus ropas tendidas á secar en la orilla! ¡Y luego el otro peligro de que el fondo se revuelva, de que broten y despierten los miasmas é infeccionen el aire! ¿Sabes tú cuánta miseria, cuánta podredumbre, cuántos restos de crímenes ignorados ocultan esas aguas y duermen hundidos en el cieno del fondo? Todos tienen miedo de que al agitarse, la ola arroje

á la playa un testimonio acusador. Por eso temen que la paz de la charca se turbe.

MARÍA.

Ese hombre no puede tener amigos. Es un ídolo que se tambalea y todos aprovecharán el momento oportuno para apedrearle. Tal vez no será por espíritu de justicia, tal vez será por venganza, por envidia, por los móviles grandes ó mezquinos que al hombre impulsan á la acción... No importa, ellos morderán en el caído. Eso es lo humano.

VENEGAS.

Te engañas. Tiene amigos: todos los que esperan protección, todos los que le temen. Esa es la amistad de hoy. Además tiene admiradores. Sí, admiradores. Esas pobres gentes admiran y respetan su malicia, su habilidad. No sienten horror al crímen, sino admiración por la obra perfecta del artista, del triunfador.

MARÍA.

Por eso. Usted lo ha dicho. Porque le vieron

hasta hoy salir triunfante en la mala obra. Es necesario vencerles una vez, hundirles en el polvo. Todo eso es posible y será mi obra. El momento ha llegado y mi campeón, el campeón de la verdad y de la justicia, está en medio del circo. (Cambiando de tono.) Mire usted, Venegas, mire usted hacia allá. Me parece distinguir un grupo bajo el emparrado: sombrillas, telas de abigarrados colores, encajes vaporosos, todo un aleteo de mariposas brillando al sol.

VENEGAS.

Ellas sin duda... Isidora y sus amigas que dejan el comedor. El banquete debe tocar á su término. ¿Qué hay en ello de extraño?

MARÍA.

Nada. Tiene usted razón. (Mirando con los gemelos.) Sí, Isidora, las de Vélez, miss Lawson, la marquesa de la Laja... ¡También la marquesa!

VENEGAS.

Ella va donde la lleva el bárbaro de su marido.

MARÍA.

Espere usted... aquella, la que corre en dirección á la fuente... se me parece á Carlota... Carlota es. Pero, ¿en qué está pensando ese hombre? ¡Esa mujerzuela en su casa, acompañando á su hija!

VENEGAS.

Ha sido una exigencia del Fiscal. Parece que andan en amoríos y el Fiscal es una gran figura de circunstancias.

MARÍA. (Apartando los gemelos.)

¡Qué asco!

VENEGAS.

Así, hija mía, fuera los cristales de aumento. Con tus ojos y desde esta altura, los verás como son: pequeños.

MARÍA.

Parece que me persiguen. Vengo huyendo de ellos, de todo el mundo, á mi Molino de Viento, para hablar conmigo á solas, como en

todas las grandes ocasiones de mi vida, y al día siguiente, ellos, todos, instalándose en el valle ante mis ojos, mirando hacia arriba, burlándose de las aspas inmóviles de mi molino dormido en la quieta serenidad del espacio. ¡Cómo se reirá el viejo Socorro del símbolo romántico que él mismo esculpió en mi blasón!

VENEGAS.

¿También te preocupa la pereza de la brisa? ¿Tan urgente es la molienda?

MARÍA.

Todo esto me causa sonrojo, pero es así como usted lo dice.

VENEGAS.

¡Chiquilla! ¡Una mujer tan hermosamente equilibrada!

MARÍA.

Pues ahí verá usted. Yo misma me desconozco, me encuentro ridícula. Desde que por la mañana al despertar abrí los balcones de mi

alcoba y ví las aspas del molino con las velas plegadas, tuve un presentimiento de desdicha y no he cesado de implorar á las nubecillas del horizonte, suspirando por una racha de tempestad que agite locamente los miembros inertes, que hinche las velas flácidas, como si de su forzada inercia dependiese el estado de duda, de parálisis desconfiada en que por primera vez mi espíritu está sumido.

VENEGAS.

¡Demonio! Esto es grave.

MARÍA.

¡Que se muevan esas aspas paralíticas, que sople el viento, que desaparezca esta modorra indiferente de la naturaleza y de mi espíritu! ¡Vida, movimiento, lucha! ¡Que yo vea claro, que yo me decida!

VENEGAS. (Acercándose humilde.)

Si este tu escudero, tu fiel y humilde Sancho, fuera capaz de aconsejarte, me atrevería á

decirte que en mí confiases... pero cuando tú no ves claro... ¿qué verá este viejo ciego?

MARÍA.

¿Quién sabe? Ha tocado usted una cuerda sensible. Si, pobre escudero mío, he sido muy orgullosa.

VENEGAS.

¿Tú? Vamos, á otro con esa.

MARÍA.

Lo soy. He pretendido viajar sola, sin otro guía que mi espíritu. Me he creído superior á todos y he desdeñado el consejo y la compañía de los humildes, de aquellos á quienes Dios concedió un alma elemental, sentidos transparentes para apreciar con exactitud la realidad, esta realidad que tal vez sólo es complicada porque nos empeñamos nosotros, los espíritus superiores (con énfasis burlón) en desmenuzarla con impertinentes sutilezas de laboratorio.

VENEGAS. (Riendo.)

Paréceme que sopla el viento. Mira hacia el molino.

MARÍA.

No, el viento duerme y el molino también. ¡Si usted supiera!

VENEGAS.

Figúrate que descansamos en el bosque, pensando en la aventura que hemos de intentar con el alba, y que ahuyentamos el sueño con sabrosa plática. Lo mismo que el gran hidalgo y su escudero.

MARÍA.

Eso. Tiene usted razón. Y en el silencio de la noche, yo, el caballero de la Triste figura...

VENEGAS.

Protesto...

MARÍA.

...el de la Triste figura, contaré á mi fiel Sancho la historia de mis amores... Sí, de mis amores, tan ridículos y soñados como los del buen hidalgo...

(Pausa.)

VENEGAS.

¿Tú... le quieres? (Serenamente, grave y cariñoso. María afirma con la cabeza.) Me lo figuraba.

MARÍA.

Es la única verdad que poseo aquí dentro, lo único que veo claro. Lo demás resulta muy confuso, ó muy grande ó muy bajo... No sé si fuí sublime ó hipócrita... En aquel momento todo me parecía evidente, lógico, la única solución posible, la salvación. Estaba orgullosa de mí misma y ahora... ahora la duda ha penetrado en mi espíritu, llenándolo de sombra. Por vez primera, la noche ha sucedido á la eterna aurora que siempre alumbró mi pensamiento.

VENEGAS.

¿Pero qué hiciste? ¿Qué hiciste, amo mío?

MARÍA.

¡Lo irreparable!

VENEGAS. (Alarmado.)

No. Tú no has hecho eso.

MARÍA.

Sí, lo hice. (Comprendiendo.) Una mujer como yo no necesita caer materialmente, basta que lo piense. Para mí hacer es lo mismo que pensar hacerlo.

VENEGAS.

No tanto, no tanto, ilustre caballero.

MARÍA.

Sí, esta mujer se ofreció... ofreció su fortuna, su historia, su vida, su alma de heroína romántica... Todo lo arrojó en el platillo de la

balanza indecisa, creyendo hacerla bajar con impulso soberano, pensando... ¡no! creyendo pensar, y esto es lo horrible, que era por él, por salvarlo, por ponerlo á cubierto de la tentación.

VENEGAS.

¡Sublime, eso es sublime!

MARÍA.

No, porque ahora pienso que tal vez, sin yo saberlo, representé la indigna farsa que en aquel momento disfrazaba con el manto del sacrificio el ansia baja de un amor que pretende florecer fuera de tiempo.

VENEGAS.

No. Tú antes hablablas de las almas humildes que miran la realidad tal como es, sin hacerla pasar por la lente que la abulta ni por el mortero que la desmenuza. Yo soy una de ellas, siento orgullo al decirlo, porque me permite afirmar ahora, ante la excelsa majestad de tu

espíritu que eso... eso que hiciste es bueno, noble, hermoso...

María.

Mal Sancho, que en vez de amenguar la talla de los gigantes de mi fantasía, te complaces en engrandecerla.

Venegas.

¡Oh! no hemos llegado á los gigantes, que para entonces me reservo tratarles sin piedad; hablo del impulso que te arrastró á la dádiva generosa de tu alma, hablo de tu locura sublime...

María.

A mí me pareció ridícula farsa... un paso artificioso de comedia, de esos que preparan los malos autores para término de un acto. ¡Ridículo, mentira! gritábame una voz interna, despiadada, cruel... He sentido vergüenza de mí misma, me he encerrado en mi cuarto, á obscuras, sola, temiendo y deseando á un tiempo que él llamase á mi puerta, hasta que

al fin huí... Mi molino me atraía, me llamaba desde lejos.

VENEGAS.

¿Y él?

MARÍA.

¿El?

VENEGAS.

Sí, él. ¿Qué hizo?

MARÍA.

No sé, no sé. Mire usted, Venegas, no debo quedarme á medio camino en esta confesión. ¡Yo le espero, le espero! ¡Por eso estoy aquí, en esta galería que domina el valle, la carretera blanca y luminosa que escala la montaña y se pierde en la altura, el camino por donde él ha de llegar!

VENEGAS.

¡Oh, pobre amo mío, oh, mi señor don Quijo-

te! vaya su merced despacio y ponga frenos á la fantasía, que lo que su merced ve y caballeros le parecen, son dos pobres labradores, hombre y mujer, que con su burro por delante dirígense á Vega-honda y descansan en este momento á la sombra del laurel que se alza ante tu casa.

MARÍA.

No les ví acercarse....

VENEGAS.

Y saludan como gente conocida... parece que algo buscan.

MARÍA.

¡Ah! Les conozco. Son esos pobres muchachos, los parientes desheredados de la víctima de Acero. (Entendiendo prontamente) Sin duda, Juan viene, si, viene... les ha dado cita aquí. (Inclinándose.) ¿Viene?... No entiendo... algo dicen... ¿Pero qué prueba más grande quiere usted de que vendrá?

VENEGAS.

Parece que quieren hablarte (A los de abajo.) ¿A la señora?... ¿hablarle?... Bien... esperen ustedes...Nada, que quieren hablarte. ¿Qué decides?

MARÍA.

Que suban... traerán noticias... quizá una carta (Llamando por la galería.) Antonio, vaya usted á buscarles.

VENEGAS. (Decidiéndose.)

Espera. Espera... Antes quisiera yo decirte una cosa muy difícil de decir y que explica mí venida... y que todavía no he acertado á decirte.

MARÍA. (Después de una pausa.)

¿Usted, amigo mío?

VENEGAS.

Si, tu amigo, tu escudero, tu enamorado ga-

lán, lo que tu quieras, lo que ellos quieran... pero el único que tiene derecho á verte llorar.

MARÍA. (Voz apagada.)

Espere usted... un momento (Mirando al campo.) ¡Qué día tan hermoso! ¡Cuánta luz y que infinito reposo! El laurel verde por todas partes, cantos de pájaros, ni un rumor humano. Este es un paisaje familiar, un medio amigo. Cuando sueño, el lugar de mis sueños es este, nunca concibo otro. Se conoce que está grabado profundamente en mi cabeza. Será locura, pero siempre he pensado que hasta aquí nunca podrá llegar la tristeza, ni alcanzarme la desgracia... ¡Todo esto me quiere!

VENEGAS.

Es verdad, todo.

MARÍA.

Todo no. Allá abajo, mire usted, Valsendero. Allí están mis enemigos... el grupo ha aumentado. ¡Nunca pensé que tuviéramos tan-

tos! Son hombres, los invitados... ¡Todos mis enemigos!

VENEGAS.

Es verdad, todos.

MARÍA.

Espere usted todavía. Tiempo hay para todo... para saber eso. Ya me he fortalecido mirando á mis amigos... Quiero templar mi carne contemplando á los otros... quiero verles uno á uno para saber cuál ha de darme el golpe... por dónde ha de venir... dónde ha de tocarme. (Tomando los gemelos; de pronto da un grito.) ¡Ah! Ya sé... hay un duelo pendiente, le han provocado...

VENEGAS. (Azorado.)

¿Duelo? ¿Quiénes? ¿Estás loca?

MARÍA. (Riendo.)

Perdóneme. Fué una idea ridícula. ¿Quién de esos se atrevería á batirse con un Brial?

¡Qué pequeños me parecen vistos sin la lente de aumento... apenas les distingo... unos con otros se confunden... todos iguales... todos pequeños! (Tomando los gemelos.) Y ahora, ¡qué grandes parecen! El gobernador, don Narciso... y ella... Carlota, del brazo del Fiscal... un magistrado... otro (Dejando de mirar.) Mire usted, Venegas, todo esto es farsa; apenas si les miro ni les presto atención... ¿Qué me importan? Estoy dándole vueltas á una idea... una idea loca... la de adivinar lo que usted tiene que decirme... antes de que me lo diga... Esto es estúpido... ¿A usted nunca le ocurrió al recibir una carta darle vueltas y vueltas al sobre cerrado, pretendiendo averiguar su contenido, su procedencia, la firma... cuando sería tan fácil rasgar el sobre y meter los ojos en su entraña?

VENEGAS.

Mira tú, Quijote de mi vida, es preferible que sepas la verdad... Después de todo, no es cosa tan terrible... Todo consiste en que...

MARÍA. (Deteniéndole.)

No. Espere usted un momento, ¿Por dónde vendrá? ¿Cómo vendrá? (De pronto.) ¿No se trata de ningún accidente, nadie está en peligro de muerte, nadie?

VENEGAS.

No, nadie. Si tú quisieras oirme...

MARIA.

Eso hubiera sido muy prosáico... no es eso, no es eso... ¡Ah! Veo... veo... nunca imaginará usted á quien estoy viendo... entre Rios Morón y el gran Teodorito.

VENEGAS.

Deja esos gemelos y escúchame.

MARIA. (Sin oirle.)

¡Es Ortiga! Pero hombre, ¿no se asusta usted?

VENEGAS.

Yo no me asusto de nada. Ya lo sabía. Socorro le aplicó su fórmula ordinaria: «¿Cómo te llamas?» Y el chico contestó que se llamaba redactor en jefe del periódico «La Justicia», órgano del cacique, con veinticinco duros mensuales.

MARÍA.

¿Y su campaña contra los Aceros?

VENEGAS.

Retractada solemnemente. La redacción fué sorprendida por infieles y mal intencionados informes.

MARIA.

¡Veinticinco duros!... ¿Pero aquí todo se vende?

VENEGAS.

Cuestión de precio.

MARÍA.

¡Oh! No todo, no. El Molino de Viento no se vende, á pesar de que Socorro ha ofrecido diez veces su precio. Ahora verá usted... (Asomándose al balcón.) Después de todo, me dolía ir en compañía de ese Ortiguilla... Ahora verá usted. (Llamando.) Suban ustedes... sí... Antonio, conduzca usted á esos muchachos. (Volviendo á mirar con los gemelos, muy excitada.) ¡Ortiguilla! ¡Veinticinco duros!... ¡Ah! Por fin apareció Socorro. Está en la puerta, en lo alto de la escalinata, dominando al coro; á su lado el cura Gordillo. (Con amargura.) No me extraña... ya lo decía Socorro: hemos firmado con el clero un concordato honroso... la oración en los labios, la rodilla que se dobla, el rosario pasado cuenta á cuenta, mientras el cerebro se distrae con las otras, con las cuentas de la usura... ¡Vendido! Mejor. Otro menos.

VENEGAS.

Escúchame, no puedo retardar lo que he de decirte. (Queriendo quitarle los gemelos.)

MARÍA.

Espere usted... no me robe nada de este espectáculo... Déjeme usted agrandar con la lente la figura de esos enanos... Si viera usted la cara de satisfacción del cacique... habla con otro... que me vuelve las espaldas... Tal vez sea el principal de esas gentes de justicia.

VENEGAS.

No mires más... no más...

MARÍA.

¿Renunciar á verle? ¿Está usted loco? ¡Oh! ¡Esto es sublime! ¡Se abrazan, se abrazan! ¡Y todos aplauden! ¿No oye usted los aplausos? A mí me parece oirlos á pesar de la distancia... ¿Pero quién es? ¡Vuélvete! ¡Vuelve el rostro!

VENEGAS.

Yo te diré su nombre. A eso sólo he venido. Mírame... Se llama...

MARÍA.

¡Judas!... Al fin... se vuelve... (Queda en silencio, temblando. Los gemelos caen al jardín. Ella extiende los brazos al cielo y grita desesperadamente, con toda el alma.) ¡Juan!

VENEGAS.

Eso, pobre mujer, eso es lo que tenía que decirte. ¡Juan de Brial!

(Aparecen en la puerta los dos campesinos. María cae en un sillón, junto á la balaustrada.)

MIGUEL.

A la paz de Dios.

TOMASA.

Buenas tardes nos dé Dios.
(Ambos desde la puerta.)

VENEGAS. (A María.)

Procura serenarte. Que no te vean así. ¿Quieres que los despida? (Ella dice que no con la cabeza.) Les diré que esperen... más tarde... ¿no?

MARÍA.

Ahora.

VENEGAS.

Te matas. ¡Oh, sí! te matas... ¿Quieres que yo les hable, abajo, en el salón?

MARIA.

Aquí.

VENEGAS.

Pues tranquilízate. ¿Vas á llorar?... Eso es una vergüenza, llorar don Quijote por paliza de más ó de menos.

MIGUEL. (A Tomasa.)

¿Qué estarán diciendo á baja voz?

TOMASA.

Argo pa engañarnos. Ya verás.

VENEGAS.

¿Qué querían ustedes?

TOMASA.

Con usted náa. Con la señora tenemos que jablar.

MIGUEL.

Con la señora, justo.

TOMASA.

Ella fué la que nos buscó y jizo con nosotros el trato y nos prometió que náa malo nos pasaría.

MIGUEL.

Eso; díjonos que nos haría un papelito.

TOMASA.

Y que ella corría con tóo... con el papel sellao, con el abogao.

MIGUEL.

Eso mesmo.

VENEGAS.

Bueno ¿Y qué?

TOMASA.

Pos que... lo hemos pensao mejor.

MARÍA.

¡Ah! ¿Se arrepienten ustedes de lo convenido?

TOMASA.

¿De lo convenío? (Al hombre.) Oye tú, ¿tú habías convenío en argo?

MIGUEL.

Pos yo... no había cerrao trato... y mientras no se cierra trato... pos no hay trato...

TOMASA.

Eso mesmo... Yo jablé por jablar... como la señora... Que si en Vega Jonda decían que si Acero fué... que si el indiano se desriscó...

MIGUEL.

Mermuraciones... ¿Quién sabe eso?

MARÍA.

¿Pues no hablaron ustedes de un puñado de cal arrojado á los ojos?...

TOMASA.

¿Quién vido eso?

MIGUEL.

Si eso fué de noche...

MARÍA.

¿Y de un martillazo... de muchos martillazos rompiendo el cráneo? ¡Así! ¡Así!

TOMASA.

¿Martillazos?

MIGUEL.

Pos primera noticia.

TOMASA.

¿Martillazos? (Con gran extrañeza.)

MIGUEL.

¡En jamás de los jamases oí semejante cosa!

TOMASA.

¿Martillazos?

MARÍA.

¿Y que después arrojaron el cuerpo por el Salto del Inglés, para simular un accidente? (Los dos campesinos se miran fingiendo asombro.) ¿Pero no fué así como ustedes lo contaron?

TOMASA.

Su mercé debe estar equivocáa... Yo dije... que si decían...

MIGUEL.

Yo no dije náa.

MARÍA.

¿Y el testamento? ¿También es válido? (Los dos campesinos callan.) ¿Es válido? Respondan.

MIGUEL.

Pos... eso... (Rascándose la cabeza.)

TOMASA.

Pos... eso...

MIGUEL.

Allá se verá... Dicen que en el testamento tuvo un acuerdo pa esta...

TOMASA.

Y pa este.

MARÍA.

¡Ah!

MIGUEL.

Y yo tengo dos hijos que están agachados...

MARÍA.

¿Agachados?

MIGUEL.

Eso... que no han servío al rey.

TOMASA.

Y hora dicen que van á perdonar las contrebuciones por los cachos de tierra que se llevó el barranco...

MARÍA.

¡Ah! ¡Todo lo comprendo!

VENEGAS.

Gracias á Dios.

MARÍA.

¿De modo que ustedes nada han dicho?

LOS DOS.

Naíta.

MARÍA.

¿De modo que el indiano se despeñó?

TOMASA.

No le digo.

MIGUEL.

Ni yo.

MARÍA.

Porque la noche era obscura.

MIGUEL.

Negra.

MARIA.

Eso... negra como ciertas conciencias.

TOMASA. (Levantando la voz.)

Pos si lo dice por mí se equivoca... Mi alma la quiero pa Dios.

MIGUEL.

Eso, pa Dios.

TOMASA.

Y por eso no me gusta jacer mal á naide, ni decirlo... ni empujar á otros pa ponerse detrás.

MIGUEL.

Yo cuando quiero decir algo... lo digo... y no estoy sonsacando... sonsacando...

VENEGAS. (Furioso.)

Lo que van ustedes es á salir ahora mismo, porque ya se me están atufando las narices.

MARÍA.

¡Venegas!

TOMASA.

No, si ya nos vamos... y ojalá nunca hubiéramos abierto la boca, ni pisao la casa de esta señora.

MIGUEL.

Si ya lo decían allá abajo... que los señores no quieren sino comprometer á los probes...

VENEGAS.

¡No! Antes vais á decir, tú y tú, que todo es verdad, que Acero es un ladrón y un asesino y que vosotros, tú y tú, sois unos canallas, unos canallas que se han vendido... ¡vendido!

MARÍA.

¡Venegas... no hable usted de vendidos! ¿Qué culpa tienen esos desgraciados si con la de aquellos se compara?

VENEGAS.

Perdóname chiquilla... ¡Váyanse ustedes pronto! ¡Largo de aquí!

TOMASA.

¡Mia el viejo!

MIGUEL.

Pos yo me marcho... pero coste que no ha habido trato.

TOMASA.

Nengunito.

MARÍA.

Si, ya lo sabemos, todo ha sido una mala inteligencia.

TOMASA.

Eso, eso... una mala inteligencia.

MIGUEL.

Eso. Su merced dió en el clavo.

MARÍA.

Vaya, adiós y olvidarse de eso.

TOMASA.

A buena tarde.

MIGUEL.

A la paz de Dios.

VENEGAS.

Memorias á Julián Acero.

MIGUEL.

Serán dadas.

(María y Venegas permanecen en silencio, éste paseándose febrilmente por el reducido espacio del balcón, murmurando á intervalos:—«¡Canallas! ¡Todos canallas!»)

MARÍA. (Levantándose de pronto.)

Hasta luego, amigo mío. Me esperará usted, ¿no es eso?

VENEGAS.

¿A dónde vas?

MARÍA. (Deteniéndose.)

Mi resolución es tan firme que no temo

comunicársela. En vano intentaría disuadirme de ella. Voy allá... á Valsendero.

VENEGAS. (Suspenso.)

¿A Valsendero?

MARÍA.

Sí. Es necesario. ¿A qué voy? Todavía no lo sé, no puedo pensar ni lo que haré ni lo que he de decir... Todo está confuso en mi espíritu. Lo único que veo claro es que debo ir.

VENEGAS.

¡Ay, mi señor don Quijote! mire su merced bien lo que dice. Mire bien que no es un ejército de nobles guerreros al parigual suyo, guiado por grandes reyes y magníficos emperadores el que se apresta á combatir, mire que es un rebaño de carneros conducido por desaforados gañanes que en vez de espada y lanza manejan piedra y garrote.

MARÍA.

¿Piensa usted, piensas tú, fiel escudero mío,

que no lo conozco y lo veo? Aquí no quedan sueños ni delirios, veo claro, claro como nunca ví. Ya sé que si caigo no caeré vencida por el bote de la lanza caballeresca, sino por el garrotazo de un gañán, que así morirán todas las almas leales que vayan hoy al combate. Pero es necesario aceptarlo... más aún, provocarlo, nunca rehuirlo con la disculpa de que los otros manejan armas indignas, porque si así lo hacemos, el bosque entero, todas las estacas que brotan de los troncos seculares, vendrán á nosotros para profetizarnos nuestra ruina, como la selva que avanzó un día ante los ojos aterrorizados de Macbeth.

VENEGAS.

¡No irás sola! ¡No irás sola!

MARÍA.

¡Ah, si supieras cuánto debo á esas gentes! Sí, les debo la paz de mi espíritu, que dudó de su sinceridad. Ahora estoy segura de mí misma. Aquí no persiste ningún impulso de

amor celoso... Es que yo antes le quería como madre que como mujer... Era piedad, piedad inmensa, libre de todo estímulo sensual, lo que me hizo arrojarle la ofrenda de mi amor. Yo quería salvarle, darle cuanto podía ponerle á cubierto de la maldita tentación... y ahora... ahora me verás decir todo esto sin vergüenza femenina, á la faz de ese ejército, obedeciendo á un último deber, al impulso altanero de mostrarles que aún existe un Brial, el heredero del nombre y del honor, que no se vende ni se rinde aunque caiga al suelo tumbado á garrotazos, lapidado por la turba feroz.

VENEGAS.

Yo quiero ir contigo. Yo también quiero que me maten. Concédeme el honor de morir á tu lado.

MARÍA.

Ven conmigo, fiel escudero, amigo que me comprendes, hermano que me quieres, ¡ven conmigo!

Segundo cuadro.—En Valsendero. La entrada de la quinta á la derecha, precedida de un pórtico al que se llega por amplia escalinata. Extenso emparrado y bajo él pequeñas mesas en que se sirve café y licores. En el fondo una cerca rústica que separa los dominios de Molino de Viento y Valsendero y en el centro de ella un portón desvencijado, invadido por zarzas y yedra. En el fondo la montaña coronada por el molino de viento.

En el centro de un grupo, Gordillo en pie, sin manteo ni canal, una copa en la mano. Le rodean, sentados unos, otros en pie, don Narciso, el Doctor Lara, Ríos Morón. En una mesa, Socorro y el Gobernador fumando satisfechos y dos magistrados que beben y devoran empanadas. Ortiguilla y Teodorito en otra, con señales de embriaguez. Las señoras sentadas en bancos rústicos, excepto Carlota é Isidora que ocupan una mesa, servidas por Juan de Brial y el Fiscal.

Voces en el grupo de Gordillo.

Siga usted adelante, padre... ¡que lo diga!... ¡fuera miedo! (Todos rien; algunos golpean con las cucharillas en los vasos.)

Gordillo.

Pues lo diré. (Tose y se adelanta con la copa enarbolada.)

CARLOTA. (Al Fiscal.)

Basta. Usted quiere emborracharme, señor Fiscal, y le advierto que yo cuando bebo, concibo el crimen.

FISCAL.

Así la quiero yo: criminal; los dos criminales.

JUAN.

Tome usted otra atenuante, Carlota. (Dándole una copa.)

ISIDORA. (Golpeándole con el abanico.)

Déjalos, tonto. El día entero es para mí.

JUAN.

¿Ya celosa?

GORDILLO.

Pues lo diré. Sí, hermanos, digo... (todos rien) sí, señores... (Tono confidencial.) Vamos á ver,

¿y por qué no he de llamarles hermanos? (Tono de discurso.) ¡No rectifico! Sí, hermanos míos, puesto que hermanos somos, por pertenecer á la gran confraternidad de las personas honradas...

VOCES.

¡Bravo!... ¡Bien!

GORDILLO.

Permitidme que os diga que es este para mí un momento de satisfacción suprema. Yo, que he sido el confidente de las miserias de tres generaciones; yo, que he cifrado todo mi orgullo en restablecer la paz de las familias; yo, factor del milagroso abrazo de suegras y yernos; yo, concertador de matrimonios que parecían imposibles...

DON NARCISO.

Esa es su especialidad.

GORDILLO.

...Yo, pacificador de los mal avenidos; yo,

que he dedicado toda mi existencia á la obra grandiosa de la concordia universal, unas veces persuadiendo con la palabra, otras amenazando con el gesto y el grito, otras castigando, sí, castigando (grandes risas) con estas manazas que Dios me ha dado y que sirven lo mismo para un fregado que para un barrido...

CARLOTA.

Ya está pesado. ¡Cuánto habla ese hombre!

FISCAL.

¿Y usted, cuando se decide á hablar?

GORDILLO.

...Yo que he hecho esto y algo más que me callo...

DOCTOR LARA.

¡Ejém, ejém! (Risas.)

GORDILLO.

...por modestia, experimento hoy una satisfacción inefable, digno premio de mis afanes y desvelos, al presenciar esta fiesta de familia en que, dominando el oropel mundano, brilla el reflejo divino de las grandes virtudes que se llaman perdón de las injurias, olvido de las ofensas, indulto evangélico, recíproco, sincero, que con un abrazo une para siempre corazones que Dios formó para amarse, nunca para latir á impulsos del odio. (Grandes aplausos.)

RIOS MORÓN.

¡Eso está bien; pero muy bien! (Voz convencida.)

TEODORITO.

¡Bien... bien! (Voz pastosa, casi llorando.)

ORTIGA.

Pido la palabra.

TEODORITO.

¿Qué vas tú á decir?

ORTIGA.

Mi brindis. Necesito soltarlo. El brindis improvisado que me ha costado dos horas de trabajo. ¡Señoras y señores!

VOCES.

Más tarde, más tarde... ¡que hable el padre!

SOCORRO.

La enhorabuena, padre Gordillo. Yo no sé hablar, pero siento bien lo que usted dice. Mi alma está contenta. Este es el momento más hermoso de mi vida.

GORDILLO.

¡Esperad! No apresurarse; aún queda otro más hermoso, más divino...

ISIDORA. (A Juan.)

¿Qué irá á decir?

JUAN.

Me temo que alguna inconveniencia...

VOCES.

¡Que siga! ¡A decirlo!

GOBERNADOR.

¡Sí, pare, díganozlo uzté!

GORDILLO.

Es cosa dificililla.¡Esta lengua...esta lengua!...

RIOS MORÓN.

Venga otra copita.

FISCAL. (En voz baja.)

Carlota, que el día se acaba y la esperanza también.

CARLOTA.

Mire usted que he bebido y si cometo un crimen usted será mi cómplice.

FISCAL.

¡Si no aspiro á otra cosa! Cómplice, autor, lo que usted quiera.

CARLOTA.

Pues bien. ¡Sí... por sí!

FISCAL.

¿Sí por sí? (Le habla al oido.) ¿Es eso? ¿Eso es lo que usted exige? (La otra asiente con la cabeza.) El pacto está sellado. ¿Y ahora?

CARLOTA. (Con repentina seriedad; voz baja y rápida.)

Basta. Ni una palabra más. (Se levanta y deteniéndose aquí y allí se dirige á través de los grupos á la mesa de Socorro, á quien habla en voz baja, con rapidez; éste cuchichea con el Gobernador; ambos sonrien, satisfechos; mientras tanto, Gordillo, empujado por los otros, se decide á hablar.)

GORDILLO.

Lo diré, pero de un modo indirecto, sin cometer inconveniencias.

JUAN.

¿Qué irá á decir?

ISIDORA.

¿Qué nos importa? No le atiendas. Oyeme tan sólo á mí.

GORDILLO.

Aquí, señores, en el lugar en que se celebra esta fiesta, hay un detalle muy expresivo, en el que nadie ha fijado la atención. Y sin embargo, atrae la mirada, con el poder fascinador de los símbolos. Miradle. Es esa tapia, esa tapia desvencijada y añosa que las zarzas y la yedra invadieron... tapia que separa dos tierras, dos familias, dos almas... Antaño, esta puerta estaba siempre abierta de par en par... Así la recuerdan los viejos. Así la conocí yo.

JUAN. (Bajo.)

¡Oh! ¡Que se calle! ¡Que se calle!

ISIDORA.

Déjale hablar.

GORDILLO.

Después, la puerta se cerró, en hora nefasta. Y así permanece, como una barrera infranqueable. Allá quedó Molino de Viento, aquí Valsendero. Allá vive un alma solitaria...

JUAN. (Bajo.)

¡Que se calle!

GORDILLO.

Un alma grande... la más hermosa de las almas varoniles, por equivocación encarnada en la masa fecunda de una mujer. (Aprobación.)

ISIDORA.

¿Ves? Si él la quiere, si todos la queremos.

GORDILLO.

Aquí, otra alma grande, hermosa en su fuerza, en su energía dominadora.

GOBERNADOR. (Interrumpiendo.)

Ézo va con uzté, compare.

GORDILLO.

El señor Gobernador lo ha dicho con inimitable gracejo y oportunidad... Pues bien, señores, es necesario que esa tapia se derrumbe, que esa puerta se abra de par en par, como los brazos de un amigo, que yedra y zarzas se deshagan al impulso generoso, que se recobre la unidad perdida.

VOCES.

¡Bravo! ¡Bien!

ORTIGA. (Beodo.)

¡Que se abra! ¡Que se abra!

GORDILLO.

Esa, hermanos míos, no es la obra de los viejos, de los padres. Esa... y voy á terminar... es la obra de la nueva generación, de la juventud lozana y generosa, de la feliz pareja que inconscientemente y sin malicia se aisla entre nosotros para entonar la estrofa epitalá-

mica, el himno siempre antiguo y siempre nuevo, la canción eternamente repetida desde los tiempos de Adán y Eva hasta estos de Juan é Isidora. (Bravos, aplausos, golpeteo de cristalería. Juan de Brial se levanta; todos comprenden que quiere hablar é imponen silencio:—«¡A callar!... ¡Chist!... ¡Sentarse!... ¡Silencio!»—Al fin se restablece la calma y entonces se oye la risa fresca, argentina, de Isidora que no ha podido detenerse. Todos rien de nuevo al oirla reir. Después espectación.)

JUAN.

Amigos míos, perdono la indiscreción del excelente don Jerónimo...

GORDILLO.

No... si aunque no me la perdonases...

VOCES.

¡Silencio! (Espectación.)

JUAN.

Nuestro adorable secreto, la confidencia

que aún no había salido del nido para ensayar sus alas...

LA SEÑORA DE VALERÓN. (Inocentemente.)

¡Qué bonito!

JUAN.

...ha sido lanzada á los aires, bruscamente, y, ¡por Dios! que no cae, no cae... vuela, sí, vuela... sus alas apenas nacidas son fuertes, vigorosas y la sostienen en la altura, tocando á los astros, dominando el espacio inmenso... ¡Vuela, ave misteriosa del destino! (Explosión de aplausos y bravos.)

VOCES EN EL GRUPO DE MUJERES.

¡Hermoso! ¡Hermoso!

OTRAS.

¡Una filigrana!

OTRAS.

Este chico llegará adonde pocos.

GORDILLO.

¡Si ya se lo decía á ustedes! ¡Un español de cuerpo entero!

(Los magistrados que comen asienten con grandes gestos.)

ISIDORA.

¡Así, así te quiero; grande, superior á todos ellos!

JUAN.

¡Hablasteis de murallas, de puertas cerradas, de barreras infranqueables! ¿Acaso no sabéis que para el ave que flota en el espacio no existen murallas, ni puertas, ni barreras? Si las montañas más ingentes, vistas desde la altura infinita, semejan arrugas del terreno, imperceptibles cicatrices del planeta, ¿qué ha de parecer, señores, esa miserable tapia? Miseria ridícula, artificio deleznable, vestigios de otra edad, ceniza de nuestras pasiones que nosotros, los hombres de hoy, las almas recién nacidas, hemos de abatir por tierra, consu-

mando su ruina. La tierra, el suelo, para eso solamente sirve, para recoger los escombros de lo que fué. (Nueva explosión de aplausos.)

DOCTOR LARA.

¡Magnífico ejemplar de la raza!

GOBERNADOR.

¡Lo mejor del Ateneo!

RIOS MORÓN.

¡Castelar redivivo!

ISIDORA.

¡Qué grande me pareces!

JUAN.

¡Esa puerta! ¡Esa puerta! (Con gesto magnífico, señalándola.) ¡Ah, señores! no es aquella en que el gran poeta florentino...

UNA VOZ DE MUJER.

Zorrilla. (Sofocadas risas.)

JUAN.

...en que el gran poeta florentino leyó la sentencia implacable «*Lasciate ogni speranza!*» Detrás de ella no hallaréis la hidra de los rencores y de las venganzas, detrás de ella alienta un alma nobilísima, leal, sublime, sensible á nuestras preces, propicia al ruego que brota de nuestros corazones, que ya se estremece, que ya vibra conmovida, sintiendo el impulso irresistible, el divino imperio de la concordia y del amor.

VOCES.

¡Sublime, sublime!

TEODORITO. (Llorando.)

¡Que se abra, que se abra!

OTROS.

¡Viva nuestro diputado!

SOCORRO. (Imponiendo silencio, con voz grave.)

¡Viva el Marqués de Valsendero!

GORDILLO. (Enjugándose las lágrimas.)

¡Qué hermoso día!

JUAN.

Mis ojos finjen ya la suprema ilusión de ese momento, el ansia de mi espíritu lo precipita y adelanta y hasta me parece que los goznes enmohecidos rechinan, que los verdes festones de la madreselva se estremecen, que han de rasgarse, apartándose, figurando los contornos de un arco triunfal, para dar paso á la encarnación excelsa de la concordia y de la paz. En mi febril anhelo iba á gritar: ¡Adelante, adelante! (Se abre la puerta de un solo golpe. María aparece en el umbral. Detrás Venegas. Estupor.) ¡María! ¡María! (Un gran silencio.)

MARÍA. (Voz temblorosa, que se afirma poco á poco.)

Aquí estoy... Vine por irresistible impulso de mi voluntad... Sentí una voz que me invocaba, una invitación á entrar que parecía salir de la profundidad del alma... y aquí estoy.

GORDILLO. (Con aire de vencedor.)

¡Oh, día de triunfo soberano! Mi sueño se realiza. ¡Un viva á María de Brial! (El silencio le hace enmudecer; silencio hostil, profundo, de espectación.)

SOCORRO. (Serenamente, adelantándose.)

Pase usted, María. Tome usted asiento. Está usted en su casa.

MARÍA. (Sonriendo y conteniendo su excitación.)

¡Un asiento.... una silla! Pero eso es prosáico, ilustre patriarca... Es curioso. Me dan ustedes la reputación de una mujer fuera de la ley, excéntrica, loca, y cuando llego aqui, asaltando una morada, fracturando una puerta, realizando una hazaña de mi padre don Quijote, sin otro auxilio que el de mi fiel Sancho, derrumban ustedes de un golpe mi reputación, ofreciéndome un asiento... una silla...

JUAN.

¡María!

MARÍA.

¿Una silla? ¡Si yo no he de sentarme, si yo he de permanecer en pie, en actitud de lucha, dispuesta á aceptarla y á provocarla! Yo vengo á golpear con mi lanza vuestros escudos en señal de reto, á abofetear vuestros rostros con el guante inmaculado de la verdad.

SOCORRO. (En medio del murmullo de extrañeza y asombro)

Manos blancas no ofenden. (Se inclina con gran serenidad.) .

MARÍA. (Elevando las suyas.)

Estas no son manos de mujer. Son las manos del último Brial, del único hombre que en esta tierra siente el impulso soberano, irresistible, de romper una lanza en honor del ideal. (El murmullo crece, se hace amenazador; por encíma de él se distinguen algunas voces.)

GORDILLO.

Se ha vuelto loca.

CARLOTA.

Siempre lo fué.

UNO.

Eso es faltar á todas las conveniencias.

UNA SEÑORA.

¡Ridículo... ridículo!

MARÍA.

¡Ridículo, locura, inconveniencias! Ya conozco esas palabras. Son las mismas con que las muchedumbres apedrearon á mis abuelos. Son las mismas, son ellos, hermano Sancho, nuestros eternos enemigos, el ejército de mercenarios que pagó la mentira. (Todos se agrupan instintivamente con rumor creciente de protesta. Socorro se dirige á Juan de Brial y le estrecha la mano; su voz se destaca claramente entre las otras.)

SOCORRO.

Inútilmente se empeñarán en deshacer la obra santa del perdón, hijo mío.

María.

¡El perdón! ¡El perdón! Esas gentes lo han robado todo para llenar y cubrir el hueco vacío de sus conciencias. No les bastaba aprisionar las fórmulas religiosas, los fallos de la justicia, el mecanismo de la política, hacer de todo eso sus armas y desacreditarlas al esgrimirlas... Necesitaban poner sus ojos y alargar sus manos hacia el ideal. ¡El perdón! ¡La palabra más hermosa de la oración universal! Hoy la necesitan y la descuelgan de la altura de la cruz, la arrancan de los labios del divino Nazareno y la ponen en su boca, entre los dientes que la mascan y la escupen al lanzarla al rostro de los demás. (El rumor estalla de nuevo. Socorro sonrie tranquilo, teniendo aún entre sus manos las de Brial. Gordillo se desprende del grupo y se dirige á María.)

Gordillo. (Con gran autoridad, acostumbrado á domar conciencias.)

Esto es inaguantable. Nadie está obligado á soportar los desplantes de una niña nerviosa. Yo te domaré; yo he domado conciencias

más rebeldes que la tuya. Vamos, conmigo... ¡Afuera... afuera!

María.

¡Ah! ¡Que no me toquen esas manos que sirven lo mismo para un fregado que para un barrido! Hay algo que no puede tocarse y ese algo soy yo, el ideal... Me rompería ó me mancharía.

Gordillo. (Afligido de veras.)

¿Por qué me tratas así? ¿Por qué insultas á tu amigo?

María.

¡Oh! yo no insulto al viejo gigante que hoy se arrastra con muletas... ¿Qué culpa tienes tú de imaginarte todopoderoso porque encerraron en tu pecho un ideal sublime que no supiste guardar, que hoy se escapa sin tú saberlo por las grietas de la torre rendida? Tú no puedes penetrar en mi conciencia, conténtate con fregar y barrer las de esas gentes. (Rumor amenazante.)

JUAN. (Con un esfuerzo.)

¡María, por mí!

MARÍA. (En el silencio que sigue á estas palabras, hablando á Venegas ó á sí misma.)

¿Quién habló? ¿Hablan ahora los muertos?

JUAN.

Sí, soy yo quien habla, quien pide el término de esta escena indigna de tí y de nosotros.

MARÍA. (Con profunda lástima.)

¡Pero si tú no existes, hijo de mis entrañas, si tú no existes!

VOCES.

¡Está loca! ¡Está loca!

MARÍA.

Si tú no vivías sino en mi fantasía, si yo te creé lenta y pacientemente, limando la forma en largas horas de trabajo, infundiéndote el espíritu en noches eternas de inspiración do-

lorosa... Si yo sola te ví, si yo sola te escuché, si para mí sola existías y míos fueron tus proyectos, tu voluntad, tu pensamiento. ¿No sabes, pobrecillo, que todo fué sueño, ilusión de esta cabeza loca? ¿No sabes que tú no tenías otra vida que la que te dieron mis delirios? ¡Tú has muerto... te has disipado... Tú eres un cadáver, pobre ilusión desvanecida de mis ensueños! ¡Pobre Juan!

SOCORRO. (Aprovechando el momento doloroso en que se abisma el alma de María.)

¿Quiere usted decirme, señora, por qué ha venido usted?

MARÍA. (Despertando.)

Tienes razón, tú me traes á la realidad... No sabes cuánto te lo agradezco. Por un instante llegué á esperar en el milagro de la resurrección. Tú, Pedro Socorro, eres digno de mí. Los otros... lós otros son cosa tuya... comprada. ¡Todos! ¡Todos! (Respondiendo al rumor de cólera.) Yo vine á decirte que el asesinato de

Moreno y el crimen de Acero son detalles insignificantes en nuestra contienda. No vayas á cantarlo como una victoria. El triunfo tuyo, grande, inmenso es haber matado mi ideal... aquél... Has comprado un Brial... pero un Brial muerto, como se compra una pieza de caza... Pero yo vivo, yo siento de nuevo la fiebre creadora, y desde hoy, el único Brial se dedica al trabajo, á organizar el ejército que te ha de vencer. Fué grande equivocación poner el triunfo de una causa en un solo hombre; hay que formar el ejército y el ejército está en las almas humildes, en las que vosotros mantenéis en las tinieblas, en el pueblo que se acerca, cuyos pasos se escuchan en la lejanía y que yo guiaré al combate.

SOCORRO. (Sonriendo.)

Soy viejo. Cuando esos lleguen no me encontrarán.

MARÍA

Encontrarán á tus hijos... á los hijos de esa

pareja. Tú has sentido el afán senil de tener larga descendencia á quien legar el goce de la tierra. Yo también tendré hijos, hijos innumerables, los hijos de mi espíritu, que un día librarán la batalla. Entonces se volverán á encontrar frente á frente Pedro Socorro y María de Brial. ¡Hasta la vista!

SOCORRO. (Riendo)

Hasta entonces, señora, si usted vive.

MARÍA.

¡Sí viviré!

UNA VOZ.

¡Adiós, don Quijote!

MARÍA.

¿Lo ve usted?... ¡Don Quijote! Ya me dieron con ese nombre lo que me faltaba... ¡la inmortalidad!

FIN

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimírla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.